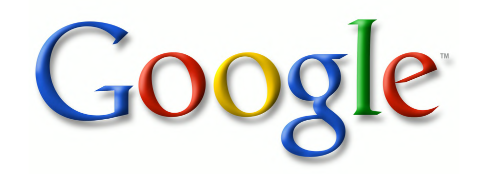
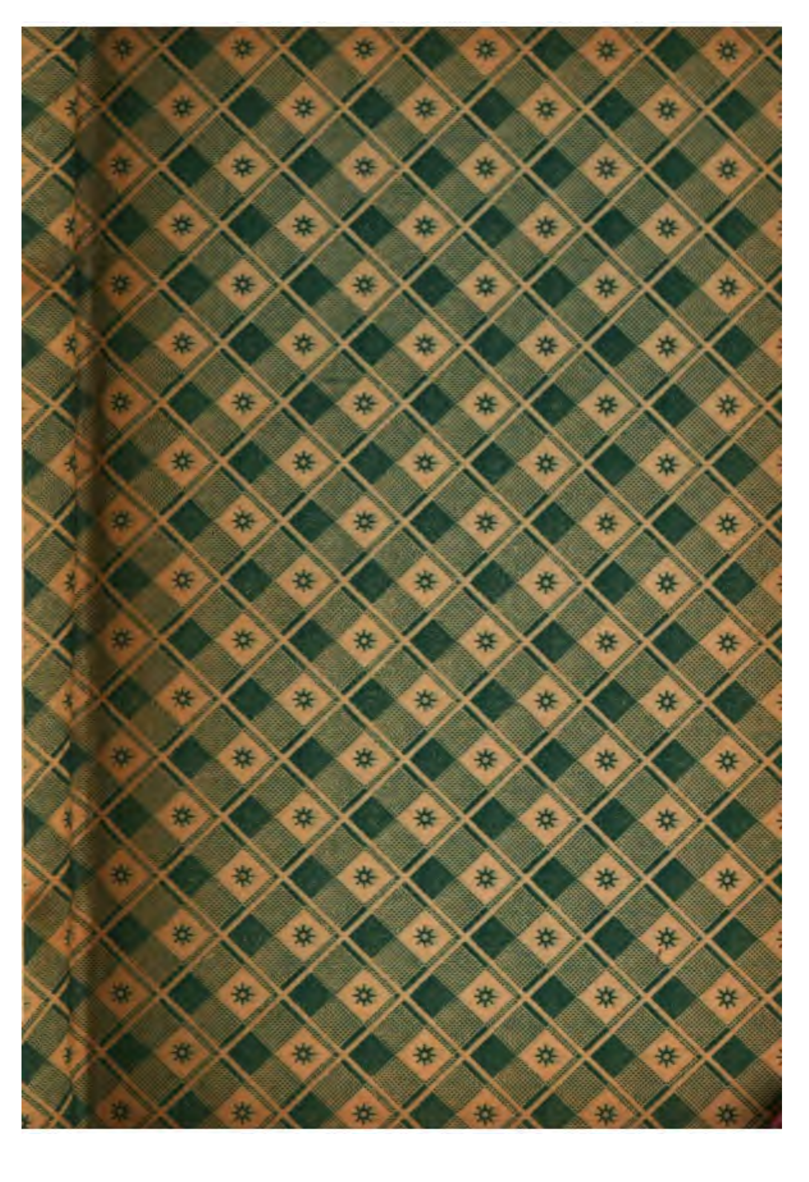




A la Excma Sra Da
Joaquina de Osma de
Cánovas del Castillo
tiene el honor de ofrecer
este humilde ejemplar
su afma y s.s. Q.B.S.M.

PACITA

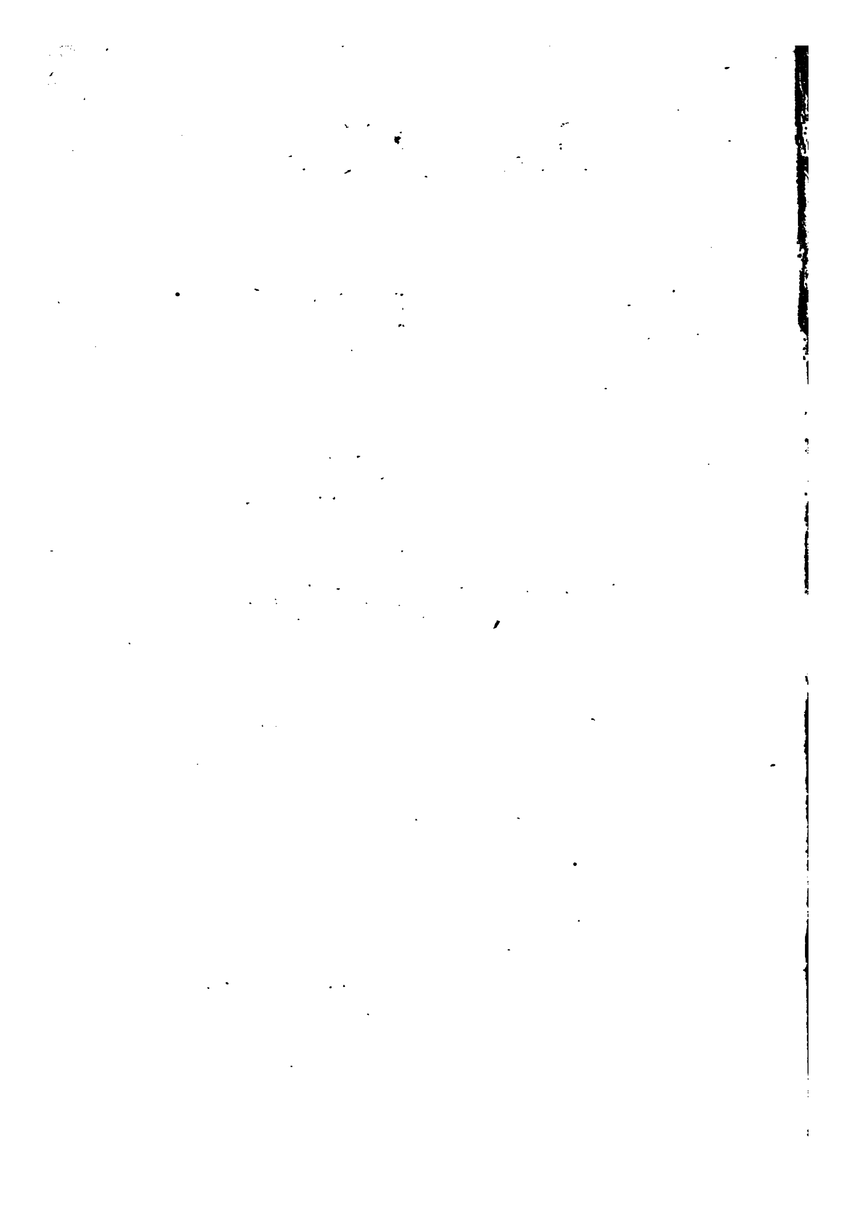
La Autora

Ó

LA VIRTUOSA FILIPINA.

Barcelona 21 de Agosto
1893.

1 — 4



PACITA

ó

LA VIRTUOSA FILIPINA.

NOVELA RECREATIVA

DE COSTUMBRES ORIENTALES

ESCRITA POR

D.ª Antonia Rodriguez de Ureta.

APROBADA POR LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

SEGUNDA EDICIÓN.

BARCELONA

IMPRENTA DE LOS HEREDEROS DE LA V. PLA,

calle de la Princesa, 8.

1892.

Barcelona 10 de Abril de 1885.

Nombramos censor de la obrita titulada **Pacita ó la virtuosa filipina**, al Iltre. Sr. Dr. D. Buenaventura Ribas, Canónigo de esta Santa Iglesia Catedral.

Felipe Vergés, Pbro.

M. I. Sr.

He leído con detención la novela á que se refiere el decreto que precede, y no he encontrado en ella doctrina ni principios que no estén conformes al dogma y á la moral de nuestra santa Religión. Varias descripciones, ya de lo mucho que todavía queda de las costumbres sencillas y patriarcales de los indios en las Islas Filipinas, ya de la pompa con que allí celebra sus principales fiestas el culto católico, ya de la legítima y eficaz influencia que en la capital y entre los salvajes en aquellas lejanas regiones ejercen las órdenes religiosas, falanges de apóstoles y de mártires que con el amor á Dios enseñan el amor á España, tales son los puntos fundamentales en torno de los que va girando esta novela, y sobre todos se destaca de una manera ingeniosa y atractiva la interesante figura de *Pacita.* Es ésta el ejemplar de la filipina sólidamente piadosa, porque, hija sumisa, esposa que buscó en el que había de ser su marido las bellas cualidades del corazón con preferencia al fausto deslumbrante de la

posición social, madre cariñosa que debió de presenciar el tránsito al cielo del fruto de sus entrañas, y viuda desolada en la flor de su edad, es otra de las pruebas no sólo de que el Catolicismo tiene recursos y ternura para enjugar toda clase de lágrimas, si que también de que son menos amargas las penas de la vida, cuando en esta consumada calle de Amargura la resignación nos ayuda á llevar el peso de la cruz.

Por esto, y por el bien que está destinada á producir esta novela,—salvo el parecer siempre respetable de V. S.,—creo que puede concederse el permiso que para su impresión pide su discreta y piadosa autora.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Barcelona 15 de Abril de 1885.

Dr. Buenaventura Ribas y Quintana, Pbro.

Muy Iltre. Sr. Dr. D. Felipe Vergés, Pbro., Vicario General de la Diócesis de Barcelona.

Barcelona 18 de Abril de 1885.

En vista de la censura que precede, concedemos la oportuna licencia para la impresión de la novela de que se trata, pasando de ella los acostumbrados ejemplares en la Secretaría de Cámara del Excelentísimo é Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis.

Felipe Vergés, Pbro.

A las Señoras Españolas.

AL atreverme á dedicaros este libro, el primero que doy á la estampa, he creído en nombre de aquel pueblo filipino, y hermoso florón de la monarquía española, manifestaros que en tan apartadas regiones palpitan corazones llenos de patriotismo y de fe cristiana.

El tipo que presento en la novela es el tipo acabado de las muchas virtuosas filipinas, tan españolas como las que hemos tenido la dicha de nacer en la patria del Cid y de Cervantes.

A todas os ruego, y á cada una en particular ıréis con indulgencia la obrita y sólo veáis que escribirla he creído hacer un bien dándoos á nocer aquel bello país, sus usos y costumbres, quitar de la imaginación de muchos españo-

les la idea de que allí las mujeres son abandonadas é inmorales en alto grato.

No y mil veces no; en Filipinas se da generalmente educación muy cristiana á la mujer, y aunque sin tantos elementos como en Europa para la enseñanza, muchas hijas de aquel país podrían citarse como modelos de buena sociedad é instrucción nada común.

No podrá decirse que habla por pasión la autora, pues si bien es cierto que ha pasado lo mejor de su juventud permaneciendo nueve años y nueve meses en la ciudad de Manila, aprovechó estudiar, siempre que la ocasión se le presentaba, el carácter de aquellos indígenas, y los hábitos que aquel clima exige.

Creo, señoras y amadas compatriotas, que si me cabe la honra de que leáis estas páginas, pensaréis mucho en aquellos hermanos nuestros, y enseñaréis á vuestros pequeñuelos á conocer detalladamente aquella lejana provincia ibérica, que á pesar de estar separada de nosotros por más de cuatro mil leguas, hoy, debido á los modernos adelantos, en treinta días se hace tan larga travesía, para la que hace algún tiempo se empleaban de cuatro á seis meses.

Cuatro veces he pasado el canal de Suez, dos en dirección á Filipinas y dos de vuelta á nuestra España, y á menudo en las navegaciones m han venido al pensamiento los muchos españ

les que, por ignorar quizá hasta la existencia de nuestras Islas, emigran á las Américas y á las posesiones francesas del Africa.

Si estos infelices hubieran tenido un verdadero amigo que les dijera la exposición que encuentran en país extranjero, y al lado de ésta los beneficios hallados cuando no se sale de la patria (porque Filipinas es una provincia española, aunque lejana), y que en el Archipiélago faltan hombres para dedicarse al comercio hoy floreciente, á la agricultura, y á la industria, no irían nuestros hermanos á poblar países extraños, dejando el campo libre á muchos alemanes, ingleses, y millares de chinos, que en pocos años llegan á tener respetables capitales.

Vosotras, señoras y madres, las que tenéis la dicha de serlo, evitad esa emigración constante que priva á la nación de muchos de sus hijos: decidles que vayan á Manila, que allí á la sombra de nuestras sabias leyes de Indias, y protegidos por autoridades españolas, adquirirán con la honradez y el trabajo esa codiciada fortuna, y puestos que jamás tendrán en el extranjero.

Dios y la patria os bendecirán, y por mi parte os anticipo las gracias, prometiéndoos cooperar, en cuanto esté á mis cortos alcances, á esta [illegible] parecer pequeña empresa, pero que en día lejano dará provecho á la nación.

Decidles también que allí no hay luchas po-

lítucas y que todos cifran su orgullo en esta frase: «Soy español».

Que Dios Nuestro Señor bendiga estos humildes renglones, dándoos a todas beneficios sin cuento, es lo que de corazón desea

Vuestra S. S.

Antonia Rodríguez de Ureta.



PACITA
Ó
LA VIRTUOSA FILIPINA.

I.

Llegada á las Islas Filipinas de la fragata «Reina del Cielo.»

CORRÍA el año de 18... La ciudad de Manila y toda la preciosa y extensa isla de Luzón se hallaba bajo la impresión de uno de aquellos horrorosos *vaguíos* (1) tan comunes en Filipinas.

La mayor parte de los pobres indios que habitaban los arrabales se encontraban sin albergue.

(1) Vaguío. Huracán que dura nueve días y es llamado así en aquel país, por los marinos.

La lluvia torrencial y el *ciclón* (1) que apareció en el mar de China, vino á morir después de haber recorrido el Archipiélago, entre Manila y Cavite, donde los destrozos que causó dejaron memoria imperecedera.

Los que leáis estas páginas y no hayáis salido de Europa, no podéis formaros justa idea de estos metéoros, que causan tanto daño como un terremoto.

El impetuoso viento echa fuera del puerto multitud de naves de todos calados y dimensiones; las casas de caña y nipa de los infelices indios son destrozadas. Los tejados de los edificios de mampostería, abiertos y deshechos.

El agua corre por todas partes, y, en una palabra, la consternación y el desaliento se notan por doquiera.

En día tan horroroso como el arriba descrito, llegaba por la vía del Cabo la incomparable fragata «Reina del Cielo»,

---

(1) Ciclón. Huracán fuertísimo que supera al primero, apareciendo en los mares de China, y t temible que los indígenas se extremecen ante recuerdo de algunos de éstos, por los estragos qu han causado en aquellas Islas.

que por vez primera ondeaba el pabellón español en la bahía de esa ciudad hija del Pasig, de la perla del Oriente, llamada Manila.

Multitud de pasajeros de ambos sexos y distintas condiciones conducía á su bordo; virtuosos hijos de Santo Domingo, jóvenes todos, que abandonando para siempre patria y afecciones las más tiernas, iban alentados con la idea de ganar almas á Dios, cruzando los mares para llevar la luz del Evangelio y la antorcha de la civilización á aquellas apartadas regiones.

Numeroso es el pasaje, pero entre todos se hacen notar por sus virtudes é ilustración los señores de La Ensenada.

Ambos esposos, tan virtuosos como arrogantes figuras, participaban de las mismas ideas. Unidos en matrimonio con el amor más puro y tierno, no podían menos de ser completamente felices.

Por corto que sea el viaje de España á Filipinas por el Cabo, nunca dura menos de cuatro meses; por consiguiente, de suponer es la alegría con que verían feliz término de tan larga travesía.

El capitán, bravo marino nacido en la invicta villa de Bilbao, á orillas del Nervión, y acostumbrado desde niño á los peligros del mar, no pudo menos de quedar sobrecogido ante el aspecto que presentaban las embarcaciones surtas en la bahía de Manila. Elevó su espíritu á Dios, y después de haber dirigido *in mente* una plegaria á la Virgen de Begoña, reunió á todos, religiosos y seglares, para manifestarles que mientras durase el ya citado vaguío, podrían permanecer á bordo hasta que cesaran las iras del mar embravecido.

—Lidia, dijo el de La Ensenada á su querida esposa; el capitán dice que si llegamos con felicidad al puerto, debemos ir á visitar á Nuestra Señora de la Paz y del Buen Viaje que se venera en el cercano pueblo de Antipolo, y á cuya bendita imagen profesan los hijos de ese país particular devoción.

—Sí, hombre ¡qué bueno eres! no podía esperar menos de tus sentimientos católicos; mas permíteme que yo añada, que si Dios da vida y es niña el fruto que llevo en mis entrañas, se llamará Paz, y así desde ahora la pongo

bajo la advocación de la Virgen de Antipolo.

—¿Y si es niño, dejarás de ponerlo bajo el mismo amparo de María? ¿Qué nombre le pondrás?

—Ya te he dicho que si fuese niño llevaría tu nombre unido al de María. ¿Te parece bien?

—Sí, muy bien; opino como tú.

Esta conversación tenía lugar sobre cubierta, y todos los combarcanos la aprobaron, hasta el punto que prorrumpieron en bravos y hurras al feliz matrimonio que tantas simpatías supo captarse desde el momento que se embarcaron en Cádiz hasta su llegada á las playas filipinas.

Desde las seis de la tarde del día 14 de Marzo estaban en Manila sin poder saltar á tierra. Era el 15 á las ocho de la mañana, cuando el P. Azpecechea dió orden de que preparasen el altar sobre cubierta, para celebrar el santo sacrificio de la Misa.

Los religiosos de Santo Domingo, de ya expedición era Superior el cele'ante, recibieron á los pasajeros, que ı distintas direcciones llegaban de sus

camarotes, con el mayor regocijo, y les exhortaban á que dieran gracias al Todopoderoso, porque era el último día que les quedaba de permanencia en la fragata, de la cual todos salían con bien.

¡Qué sublimes son los actos religiosos en medio del mar!....

Antes de que empezase el sacrificio incruento, aquellos jóvenes religiosos entonaron el *Ave Maris Stella.*

Al Evangelio, el Rdo. P. Azpecechea dirigió algunas frases llenas de amor cristiano á todos los circunstantes, y para finalizar dijo: «En distintas ocasiones, queridos compatriotas y hermanos míos, he cruzado los mares, pero, jamás he visto (y lo digo por todos) un pasaje más digno que el que me oye. Todos habéis contribuido á que la harmonía y el orden que deben presidir en estos recintos no se haya alterado jamás. Entre todos representamos la mayor parte de las provincias de nuestra amada España, y todos, con diferentes caracteres, habéis sabido dominaros y demostrar que aquí no hay opiniones, ni chismes, ni enredos, que por desgracia tanto suelen

abundar en las largas travesías, ocasionando graves disgustos.

«Que Dios nuestro Señor os bendiga, como lo hago del fondo de mi corazón, y os dé suerte en los empleos ó negocios que en estas hospitalarias islas vais á emprender.

«Cuanto os digo me parece poco en agradecimiento á la conducta que todos venís observando, y el noble capitán que dirige la nave no os está menos agradecido: él también, y mejor que yo, conoce los sinsabores que con frecuencia nacen en las embarcaciones, y mil veces por cosas en extremo triviales.»

A la Comunión del sacerdote se entonó un pequeño motete alusivo, y los frailes todos recibieron con fervor el Pan eucarístico.

Concluida la Misa, se cantó la Salve á la Virgen y besaron todos la mano del virtuoso Padre; éste, entusiasmado, dió un viva á España que resonó en los mares, otro á S. M. la Reina D.ª Isabel II, y por fin, un tercero á la religión católica en la que todos hemos nacido: ¡¡viva, viva!! repitieron pasaje

y tripulación, que á todo grito añadieron: ¡Vivan los religiosos de Santo Domingo y los de todas las órdenes que son honra y prez de España!

Todo cambia de aspecto; la hora de saltar á tierra se acerca, y como el temporal se ha calmado, no tardarán en presentarse las lanchas de la Capitanía del puerto y los vaporcitos para trasbordar á los pasajeros. Eran las doce del medio día; la fuerza de Santiago saluda á la fragata entrante; los muelles de San Gabriel, San Fernando y Murallón, están atestados de gente ávida de ver á los *vagos* (1). Serenado el tiempo, nadie parece que se preocupa de la gran humedad que existe; españoles, mestizos é indios, sólo piensan en poder ser útiles á los recién llegados, á los que por vez primera pisaban el suelo filipino.

Todos se disputan el honor de llevárselos; allí los *banqueros* (2) que á por-

(1) Vagos. Nombre que se da á los recién llegados á las Islas.

(2) Banqueros. Se da este nombre á los indio que poseen una ó varias *bancas*, llamándose así unas embarcaciones más estrechas y más larga que los botes europeos.

fía ofrecen sus embarcaciones, los chinos cargadores y multitud de carruajes que esperan en los muelles. El aspecto es por demás pintoresco y extraño. Los europeos casi todos visten de blanco ó colores muy claros; el indio también lleva la camisa blanca, colocada ésta por encima del pantalón, ya sea de piña, de colores chillones ó de *jusi* (1).

Las indias, que también abundan en los muelles, lucen sus vistosas sayas encarnadas de cuadros amarillos y verdes; su traje, que no choca como el de otros países de Oriente, llega á encontrarse lindo al cabo de algún tiempo que se reside en las Islas.

Las costumbres filipinas en aquel tiempo tenían mucho de patriarcales. ¡Ojalá que jamás se borrase de los sentimientos de aquellas sencillas gentes el amor que profesan al nombre «Español!» (2).

---

(1) Jusi. Rica tela tejida en las Islas con seda y hebra de hoja de piña.

(2) Para confusión nuestra, allá por los años de 3 á 1874 se instaló la masonería en Manila, cuyo no ha sido otro sino desarraigar la especie de to que el indígena profesaba al nombre espa-

Los esposos que nos ocuparán en toda la novela, fueron recibidos por un antiguo y rico comerciante español, que puso á disposición de éstos magnífica carretela tirada por dos hermosos castaños de la provincia de Alvay (1), y dijo al cochero «pica á casa.»

Entraban por la calle de San Fernando, y al final de ésta, en la plaza de Binondo, se halla el magnífico templo del mismo nombre bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario. Allí hizo alto el carruaje y penetraron ambos esposos á saludar á la Virgen, Señora y patrona de Filipinas y particularmente del populoso barrio de Binondo.

Recordó La Ensenada que, siendo niño, había oído mil veces á los saltimbanquis que llevan cosmoramas, anunciar con el rataplán del tambor, «la gran torre de Binondo en China;» así conocen la geografía aquellas gentes, colocando á Binondo entre los hijos del celeste imperio.

El ya difunto Excmo. é Ilmo. Señor Don Fray Pedro Payo fué por espacio de

(1) Son los mejores caballos de Filipinas.

muchos años Cura Párroco de dicha iglesia, que es la feligresía más importante del Archipiélago.

¡Cuán extraño pareció á Lidia aquel país! pero, lo que impresionó vivamente su corazón fué el ver que con la mayor tranquilidad los indios esputaban sangre á cada paso, hasta que su esposo la dijo que bien podían hacerlo tranquilos, porque no era sangre, y sí tan sólo el jugo de la hoja del betel mezclado con la bonga y cal de ostra, que casi todos los habitantes del Asia y Oceanía mascan, y lo conocen con el nombre de buyo.

Ciertamente que esta costumbre, al principio produce asco á cuantos la ven, cuando no pena, creyendo lo que Lidia, que los indígenas echaban sangre por la boca incesantemente.

II.

La Ensenada y su esposa se alojan en casa del español D. Nicomedes Ariosto.

Dos días tan solo hacía que habían llegado á Manila, y recordando la promesa hecha á la Virgen de Antipolo, en compañía de sus combarcanos, se dispuso La Ensenada para salir y tratar del asunto con el Padre Azpecechea y buscar casa á fin de instalarse cómodamente.

Recorrieron todos los arrabales, mereciendo ser elegido Sampaloc.

Este barrio está rodeado de abundante vegetación, frondosos cañaverales, elevadas *bongas* (1), multitud de sampaloc (tamarindo), el árbol llamado del fuego, de hojas encarnadas, y otros muchos árboles y flores de diferentes cla-

(1) La Bonga es uno de los árboles más altos y bonitos de Oriente.

ses, que envuelven, por decirlo así, las casas de la barriada de nipa, donde habitan casi todos los cajistas de imprenta existentes en Manila.

Aquella bonita calzada es la preferida por cuantos tienen carruaje, siendo de rigor comenzar el paseo yendo á Sampaloc.

La mejor casa del barrio era la entonces del conde Avilés (hoy propiedad de un mestizo chino) y ésta tomó La Ensenada para habitarla, con escritura por tres años.

Ansioso estaba nuestro héroe de comunicar á Lidia la buena impresión que le causó la finca que acababa de alquilar.

Al oír Lidia la descripción hecha por su marido del edificio, se llenó de júbilo y acordóse que al día siguiente se instalarían en la nueva y cómoda habitación.

III.

Ordenador general de pagos.

En aquel tiempo era uno de los primeros empleos el de Ordenador general de pagos, que D. Luis de La Ensenada venía á desempeñar, y por esta circunstancia arrendó una de las mejores casas de la población.

Esta, de un solo piso, como casi todas las de Filipinas, tiene una magnífica *caída* (1) que da entrada á un espacioso salón; á ambos lados de éste, hay dos gabinetes, el uno destinado para dormitorio y el otro para tocador de Lidia.

En todo el mobiliario que pusieron, cual correspondía á su posición, se ve que, á la par que una elegante senci-

(1) **Caída.** Nombre que se da al recibimiento, y que generalmente es la habitación mayor de la casa. También suelen destinarla á comedor, sobre todo las familias del país.

llez, domina el arte en la elección y colocación de éste.

La espaciosa escalera de *molave* (1) está adornada con pedestales chinos que ostentan lindas macetas. En el vestíbulo hay dos estatuas de bronce, que son dos matronas, representando la una Europa, Asia la otra.

En las paredes vense suspendidos preciosos paisajes orientales, y al entrar en la caída aparece una linda mesa con recado de escribir y rica bandeja, obra japonesa, para recibir en ella las tarjetas y correspondencia.

Del techo pende una lámpara de bronce de gusto griego, presentando en conjunto el mejor y más bello aspecto.

La caída, es el lugar donde en Filipinas se recibe á las visitas de confianza. En esta habitación de la casa se ven butacas de rejilla de diferentes formas, balancines, jardineras con plantas tropicales, veladores y pebeteros, colocado todo con la mayor elegancia; dos

(1) Molave. Rica madera que se cría en Filipinas y de la mayor dureza.

estantes preciosísimos con lambrequines de terciopelo encarnado y bordados de colores, contienen mil baratijas. Además hay cartas geográficas, un artístico reloj de pared y multitud de adornos chinos.

Del techo penden dos lámparas doradas, con bombas de cristal encarnado en forma de tulipán. Así, pues, no os trasportéis, queridos lectores, al leer estas líneas, á los regios salones de nuestra España querida; nada más distinto.

Las mullidas alfombras, las sillerías ricas de felpa, terciopelo y brocatel, damascos y reps, no los encontraréis en casa de la hermosa Lidia; pero ¿tiene por eso menos encantos el salón de la dama en Filipinas? Yo os probaré que no, describiendo el de la distinguida señora de quien venimos ocupándonos.

El salón, pieza magnífica en la que con holgura pueden bailar treinta parejas, da, con tres balcones cerrados de conchas, á la calzada de Sampaloc.

De las galerías penden ricas guardamalletas de raso gris y celeste con mag-

nífico fleco chino de ambos colores. Entre las puertas de los balcones hay soberbios jarrones del Japón, que ostentan magníficos ramos de inodoras flores, hechos en el botánico.

La sillería es de *camagón* (1) con asiento de rejilla del más fino *bejuco* (2). Además hay dos preciosas consolas negras, con grandes espejos á la veneciana, un hermoso piano de cola de fabricación inglesa, ricos jarrones de porcelana de las fábricas de Tokio, candelabros de cristal de roca, y en el centro un rico velador de ébano con incrustaciones de marfil y nácar, obra de una de las muchas fábricas de Cantón.

Las arañas son de rico cristal blanco opaco y muselinado, viéndose repartidas con gusto en los veladores y consolas multitud de adornos y cajas de marfil, sándalo y concha.

En uno de los frentes, y haciendo

---

(1) Camagón. Rica madera parecida al ébano, ındante en Filipinas, sobre todo en Mindanao.

2) Bejuco. Junco de Indias ó Bambú, crece siltre en todo el Archipiélago, pero muy particunente en Calamianes.

pendant, están los retratos al óleo de los señores de La Ensenada, pintados por Madrazo en la capital de España.

En el otro frente hay dos figuras de alabastro sobre pedestales de camagón del negro más puro.

Pasando ahora á describir el dormitorio, en cuya habitación había, si cabe, más gusto que en ninguna otra pieza de la casa, diremos, que la magnífica cama de estilo filipino estaba colgada con vaporosa guarnición de piña bordada, *ñipis* (1), y sujeta, formando pabellones, con elegantes borlas de seda azul celeste.

La sobrecama es de raso azul también, bordada en blanco como los mantones llamados de Manila; rica alfombra de *yute* bordada en el mismo color con varios tonos, está al pie del aristocrático lecho.

En la cabecera hay un Cristo de marfil (obra del país) y una imagen de

(1) Ñipis. Riquísima y fina tela que se teje con el hilo ó hebra que se extrae de la hoja que produce la planta de la piña, abundantísima en toda Oceanía y cuya industria debiera protegerse y fomentarse.

María, además una valiosa pila de plata y cristal de Bohemia del color que domina. Todo esto, más un reclinatorio, dos butacas, mesa de noche y un pequeño velador, componían este elegante dormitorio.

No pasaremos á describir las numerosas piezas de la casa; con lo dicho basta para comprender que tanto Lidia como su amante esposo conocían ese secreto que muchos no comprenden, ó sea de hacer el hogar agradable, poniendo en él todos los encantos, á fin de encontrar siempre más grata nuestra morada que la ajena.

Esto parecerá á primera vista que sólo es posible realizarlo por las personas que tienen grandes medios de fortuna; mas no es así, pues la casa más modesta, cuyos muebles sencillos préstanse tan sólo á la limpieza y pulcritud, inspiran atractivo. Poned alguna maceta con flores, laborcitas de malla y ganchillo bien blancas, y veréis que entre aquella modestia hay algo que atrae y que cautiva nuestro sér; en una palabra, sí, se nota, sin verla, la existencia de una mujer hacendosa que

hace de su casa el lugar más santo de la tierra.

Hemos dejado á nuestro matrimonio instalado magníficamente en su casa de Sampaloc, y como nuestro propósito no es alejarnos mucho de él, volveremos á seguir sus pasos.

IV.

Cúmplese la promesa de ir á Antipolo.

Casi todos los pasajeros de la «Reina del Cielo» se dieron cita en casa de La Ensenada, á fin de tratar de la peregrinación que debían llevar á cabo, según promesa hecha en alta mar.

Entre todos se oyó la voz autorizada del Padre Azpecechea, que fijó el día 5 de Abril, día de San Vicente Ferrer, para emprender la romería, por ser á la vez el Santo de la Orden dominicana, y lumbrera de la Iglesia y de nuestra España.

No faltaron á la cita el capitán y pilotos de la fragata, que en un principio se adhirieron á tan cristiano pensamiento, manifestando que irían también, y como porte del buque, dos otes, para que en ellos se embarcan las personas más caracterizadas de romería.

En la mañana del día prefijado cuatro *bancas* (1) y los dos botes de la fragata, engalanados con banderines y ramajes y cubiertos ambos con toldos de lona blanca, esperaban á los romeros en los muelles de Santa Cruz y San Miguel. En los botes se colocaron el Padre Azpecechea, el capitán de la «Reina del Cielo» y el matrimonio de quien venimos ocupándonos, más los religiosos, pilotos y romeros. En las cuatro bancas el resto del pasaje y tripulación.

Como en todas las romerías que se hacen en Manila de la naturaleza de la que describimos, iba una orquesta bastante afinada y también unas cuantas cantadoras *dalagas* (2), que sabían pulsar el arpa, las que voluntariamente y sin retribución alguna se ofrecieron para ir acompañando á los romeros, pues arraigada está la costumbre de acompañar de esta manera á los que

(1) Bancas. Embarcación de los indios parecida á los botes de Europa, algo más largas y estrecha que éstos.

(2) Dalagas, Nombre que se da á las jóvenes indias,

se dirigen en corporación al santuario bendito.

Cerca de Naï se embarcaron en el primer bote unos religiosos Franciscanos, quienes hacía mucho tiempo estaban viviendo en el país, y cuyos chistosos relatos entretenían agradablemente.

Al llegar al pueblo de Naï, las dalagas empezaron á cantar el *Cundimán* (1), acompañándose ellas mismas con las arpas.

Este canto, que por cierto se caracteriza por lo cadencioso que es, da una cabal idea del indio filipino, cuya calma no es comparable á la de ninguna otra raza.

Como este Cundimán fué oído por La Ensenada, que era poeta, por el docto Padre Azpecechea, por los religiosos, hombres de vastísima instrucción, y por casi todos los pasajeros, que eran personas de carrera y letras en su mayoría; por estas razones les hizo á todos desternillar de risa la letra ue sin duda debía ser composición de lguna enamorada indígena.

1) Cundimán. Canto especial de los tagalos.

Con el objeto de dar una idea de ellos, la autora reproduce algunos (1):

CUNDIMÁN.

I.

Cuando voy á misa,
Aquel prosesión
Al miráa tu cara,
Ta perdé el devosión.
¡Ay Cundimán!
¡Ay Cundimán!
Cundimán, Cundimán,
Cundimán de Luna,
Arrima ese banca
Para la Laguna.

II.

Desde que con vos
Esta yo querée
Aquel morisqueta
No tá podé comée.

(1) El dia 15 de Julio de 1871 llegó la autora á Manila y oyó este Cundimán momentos antes de saltar á tierra á dos batas, que esperaban pasajeros de vapor «Azoff,» buque inglés que se perdió á su regreso á Hong-Kong en el Mar de la China y del cua no se ha tenido más noticia.

¡Ay Cundimán!
¡Ay Cundimán!
Cundimán, Cundimán,
Cundimán de Luna,
Arrima ese banca
Para la Laguna.

III.

Aquel morisqueta (1)
Mascáa que mascáa,
Del mío garganta
No tá podé pasáa.
¡Ay Cundimán!
¡Ay Cundimán!
Cundimán, Cundimán,
Cundimán de Luna,
Arrima ese banca
Para la Laguna.

---

(1) Morisqueta se llama al arroz cocido con agua v casi seco, que á los indígenas les sirve de pan y ue por necesidad tienen que comerlo muchos eu-'peos, sobre todo los religiosos de las diferentes denes que están diseminados por las provincias pueblos del archipiélago.

V.

El Santuario.

Hace cerca de doscientos años que los hijos de Manila, ó mejor dicho de todo Filipinas, poseen un acendrado cariño á la Virgen de la Paz y del Buen Viaje.

Aunque se cuenta la historia de esta imagen de diversos modos, el más popular es el siguiente: dícese que indios salvajes habitaban aquellos montes, cuando un español virtuoso eligió aquel sitio por morada, con el fin de ir atrayéndose las tribus dispersas por aquella comarca, y enseñarles la religión de Cristo.

Levantóse entre los indios un motín, tratando éstos de matar á los infelices que rodeaban al español, que era su providencia. Púdose calmar el ensaña miento de los amotinados, y entonce el peninsular les enseñó á conocer y á

adorar á Dios y á su Divina Madre, proporcionándose una imagen que conducida allí en una embarcación, era traída de lejanas tierras (1) y por haber ocurrido á la sazón la paz entre los amotinados indios la llamó de la Paz y del Buen Viaje. «Hé aquí, les dijo, la Madre del Redentor, aquella á quien al pie de la Cruz fuimos entregados todos como hijos suyos; acudid á ella en todas las necesidades y os dará consuelo.»

No había concluido de exhortar á los neófitos, cuando se presentó ante él un cacique, llevando un *cris* (2) en una mano y en la otra una flecha, con idea de matar al español (3); pero movido el salvaje, sin duda, por una fuerza divina, cayó á sus pies, y después, arrepentido, manifestó que él también quería á

---

(1) Por D. Juan Niño de Tabora en 1626, quien fué á las Islas en calidad de Gobernador.

(2) Cris. Arma morisca que usan los naturales de Mindanao y cuya forma es algo parecida al machete.

(3) Religioso de la Compañía de Jesús. El Santuario de Antipolo estuvo en poder de la Compañía hasta la promulgación de la pragmática de Carlos III (Marzo 1767). En Filipinas 1768.

la *Señora* y que deseaba le hablase para que le perdonara.

Nuestro compatriota, que debió ser un santo, le enseñó á decir *María, refugium peccatorum*, y que como no puede olvidar la Señora, que nos adoptó por hijos en el Calvario, por éso adopta también todos los medios que le sugiere su maternal cariño, para alcanzar de todos una perfecta reconciliación con nuestro Juez, procurándonos de este modo la paz del alma.

Hecha esta pequeña narración, volvamos á ocuparnos de la romería.

Apenas llegó la comitiva á Antipolo, y después de haberse presentado al cura párroco, se dirigieron procesionalmente á la iglesia, tocando la orquesta y las dalagas la marcha real y algunos aires españoles, entre otros la muñeira. Como hubiese en la expedición cuatro gallegos, salieron éstos al pórtico y se pusieron á bailar delante de cuantos los rodeaban.

No faltaron tampoco zorzicos, *soleaes* y giraldillas, ni la animada consabida jota. Al terminar, volvieron á entrar en el templo llenos de santa alegría.

El altar de la Virgen estaba iluminado por más de mil luces, cantóse el *Te Deum* con acompañamiento de orquesta, subió al púlpito el P. Azpecechea á elogiar las glorias de María y la tierna devoción de los hijos de España para su Madre cariñosa y tierna, enumerando también las victorias conseguidas por nuestros antepasados, ayudados siempre por la fe y devoción á esta gran Señora. Por su nombre, dijo, en Lepanto vencían, y en Otumba, Granada y Pavía el nombre de María estuvo en el corazón y en los labios de todos los españoles; dando fin al sermón con aquellos célebres versos del Padre Jimeno:

> Sí; invocándola España en sus glorias
> Dió feliz á dos mundos la ley,
> Y voló de victoria en victoria
> Y de cada español hizo un rey.

A cada uno de los circunstantes se les repartieron cirios y ramos de flores. Los religiosos, presidiendo el animado cortejo, volvieron á salir del templo procesionalmente, cantando la *Salve Regina*, hallándose de regreso al pie del ltar cuando terminaban el *Dulcis Vir-'o María.*

Una vez se hubo dado fin á la ceremonia, subieron al convento, donde el Padre Agustino Recoleto, párroco del pueblo, les había preparado una suculenta y abundante comida, y españoles en todos sus actos, no quisieron servirse de los nombres de la cocina francesa, las más de las veces retumbantes pero sin sentido ni lógica.

La comida consistió en los siguientes platos: sopa de arroz dorado á la vizcaína con menudos de gallina; puchero madrileño; faisanes de China á la catalana; magras con setas y tomate á la burgalesa; *dalac* (1) á la madrileña y cordero asado á la castellana. De *entremeses* hubo costradas de lengua, langostinos de Tondo al natural, salchichón de Vich y aceitunas de San Lúcar y de Mallorca. Los postres consistieron en flan, gelatinas, ojaldres de Cebú con jalea de manga y frutas; siendo los vinos todos españoles, y estando en primer término el tinto de Valdepeñas y

(1) Dalac. Exquisito pescado, muy feo, que se cría en los zacatales ó sea en los campos donde s siembra la yerba para los caballos y también en lo arrozales, en cuyos lugares hay mucho lodo.

Priorato, la Manzanilla, el Jerez amontillado y la Sidra asturiana.

He aquí como el buen cura de Antipolo trató á sus compatriotas, poniendo todo el convento y casa rectoral á su disposición.

Hizo preparar camas para los españoles, porque á los indios del acompañamiento con un *petate* (1) les basta.

Después de haber dormido todos una buena siesta, recorrieron el pueblo, yendo luego á la sacristía, á fin de visitar los objetos que posee la Virgen, que son todos donativos de gran valor, hechos por almas devotas.

Las joyas son preciosísimas, pero entre todas descuellan una riquísima corona cuajada de brillantes de gran precio, y un bastón todo de oro y pedrería que ostenta en su diestra la Virgen.

No hacía muchas horas que había terminado la función religiosa, cuando Lidia notó que no estaba lejano el instante en que el fruto de sus entrañas vi-

1) Llámase petate en Filipinas á una esterilla ıa, la cual sin más que dos almohadas, una para becera y otra para abrazador, constituyen la cama ıl indio y de la mayor parte de los hijos del país.

niera al mundo; comunicóselo á su esposo, determinando éste el quedarse en Antipolo, por parecerle imprudente una marcha en aquel estado, ya que el camino, aunque corto, es muy penoso y sofocante el calor.

Ciertas fueron las señales de alumbramiento, pues á las dos horas de este temor sentíase en uno de los ángulos del convento aquel llanto especial del recién nacido, que por ley ineludible vierte lágrimas el hombre al nacer y al morir.

VI.

Nacimiento de Pacita y bautizo.

Era el día 7 de Abril, las campanas del santuario fueron echadas á vuelo, y los petardos y cohetes se sucedían unos tras otros sin interrupción.

La alegría se vió pintada en todos los rostros, pero especialmente en los personajes de la comitiva, que tenían por providencial aquel nacimiento inesperado por entonces.

No se sabía aun si era niño ó niña el vástago de La Ensenada, cuando apareció éste diciendo: la Santísima Virgen acaba de concederme por hija á una robusta niña, y con este motivo, imposible nos es emprender el regreso á Manila, añadiendo después que agradecería infinito permanecieran allí cuantos pudiesen, porque en plazo breve recibiría la niña las aguas del bautismo,

administrándoselas el Rdo. P. Azpecechea, manifestando además que deseaba fuese el más solemne bautizo que se hubiere celebrado en el santuario.

Así se efectuó, recibiendo la hermosa niña en la pila bautismal el nombre de María de la Paz.

Después del bautizo, regresaron todos á Manila, menos el venturoso matrimonio, que se vió en la imprescindible necesidad de permanecer en Antipolo algunos días más, cuyo lugar, tanto para Lidia como para Pacita, debía ser en lo sucesivo el más grato y venerado.

Dejaremos correr los primeros años de Pacita, en medio de la ilusión é inmenso cariño de sus jóvenes padres, á los que Dios no concedió más hijos que su filipina, como ellos llamaban á Pacita.

En Manila, en aquellos tiempos, la gente para divertirse y á falta de teatros con buenas compañías, daba grandes y lucidas reuniones, en las que el baile era de rigor, contándose entre las más lucidas las dadas por l Sres. de Corrales, de Tuason, de Ay

la, y tantas otras que hasta el año 1879 se sucedían sin interrupción, presentando por este motivo un carácter especial aquella sociedad, entonces sin pretensiones. Estas reuniones en las que la etiqueta solía aparecer velada á medias, no tenían por solo objeto el baile, pues en ellas las más de las veces se daban conciertos, en los que acostumbraban á tomar parte damas y caballeros españoles; jugábase además al tresillo entre las personas graves.

Los señores de La Ensenada frecuentaban aquellas reuniones, pues ya sabemos que pertenecían á la buena sociedad de Manila. Disfrutaban á diario del paseo de carruajes, que constituye, por decirlo así, la diversión del día, yendo á dar la vuelta de Sampaloc al Malecón, donde hacían la consabida parada.

Cierta tarde, no bien hacía un cuarto de hora que estaban allí, cuando don Luís de La Ensenada manifestó sentirse enfermo, poniéndose inmediatamente dirección hacia la población mura-, donde por entonces habitaban.

En un momento trocáronse la dicha

y el placer en el mayor desconsuelo, los criados corren en busca de médicos que llegan en distintas direcciones, pero todo es inútil. Los facultativos califican la enfermedad de un derrame seroso, que en su concepto no tiene remedio.....

Por desgracia se corrobora á los pocos momentos la opinión de los médicos, y en la fisonomía del enfermo se nota el signo fatal de la muerte, que, según ley de la humanidad, nada respeta. La fatal hora sonó para aquella familia, tan virtuosa como desgraciada desde aquel instante, y la mansión del amor y de la alegría conviértese en triste soledad de joven viuda y desgraciada huerfanita. ¿Dónde encontrar consuelo la tiernísima esposa ante la falta de aquel marido modelo? ¿A quién acudir en trance tan apurado en tan lejanas tierras? A nuestra Religión sacrosanta, que endulza las mayores amarguras cuando se piensa siquiera un solo momento en la soledad del Calvario.

Esta religión hermosa da conform dad y alivio; así lo halló Lidia, qu

oía con humildad las reflexiones que un sabio y virtuoso Padre de la Compañía de Jesús le hiciera en momentos tan angustiosos para ella.

¿Qué hacer tan lejos de España, tan sola, joven aún y hermosa?

¿Qué porvenir esperaba á Pacita, su hija querida?

Oigamos por un momento á la pobre Lidia, que en medio de pena tan grande decía á su hija: «Tu virtuoso padre y tu madre desventurada, formaban hace muy pocos días elevados planes sobre tu porvenir; todo parecía sonreirnos; la posición oficial, unida al buen talento de mi pobre Luis, hubiera sido la base para que te hubiésemos visto unida á un hombre digno del nombre de tu padre y de ti. Todo se ha deshecho como un castillo de naipes, pues, si bien en España, nuestro país y el de todos nuestros antepasados, tenemos parientes, éstos son lejanos y ningún interés se toman por nuestra suerte.

«Faltos tu padre y yo del cariño parno desde la edad más tierna, de este riño sin igual que con nada se reemaza, nos consagramos el uno para el

otro profesándonos un afecto tal, que nunca se entibió en lo más mínimo. Hoy, Pacita mía, sólo tú eres el sostén moral de mi vida, y si bien la religión sacrosanta nos enseña que hemos de sobrellevar las aflicciones con valor para entrar en el reino de los cielos, sin embargo, verás cuán distinto se muestra el mundo desde ahora para con nosotras; así es que espero te resignes á soportar nuestras desgracias, pues mientras te vean que ocupas elevada posición todo te sonreirá, pero en cuanto vean tu desgracia, aquellas que te figurabas amigas y compañeras huirán de ti y se cebarán en tu desdicha.

»Así pues, querida hija mía, da valor á tu afligida madre para que, sea cual fuere nuestro porvenir, no nos separemos nunca de los sanos principios.»

Pronto cundió por todo Manila el repentino fallecimiento de La Ensenada, siendo su muerte sentida por todas las clases de la sociedad manilense.

Había ocupado el difunto los prime ros empleos de las Islas, sin que j

más por causa alguna quedara cesante.

Era, ante todo, español, y todo cuanto fuese de España mirábalo como causa santa. Por tan poderosas razones los periódicos del Archipiélago se ocuparon ventajosamente de su vida y de sus dotes morales é intelectuales, haciéndose la prensa solidaria al sentimiento general que causó su muerte, por haber sido colaborador del *Diario de Manila*, en el cual había escrito artículos de verdadera importancia, y que siempre fueron leídos con avidez por los amantes de las buenas letras. Escribió además algunas obras sobre colonización. Por manera que su vida fué verdaderamente notable, cumpliendo ante todo el verdadero fin del hombre sobre la tierra.

Los funerales tuvieron gran suntuosidad. Comisiones de todas las corporaciones civiles, militares y eclesiásticas, y una apiñada multitud de gentes de todas las razas y colores, fueron á rendir el último homenaje al por tantos títulos *digno hijo de la madre España*.

En muchos días fué asunto de todas

las conversaciones la muerte de este esclarecido varón; mas, como en el mundo todo tiene su fin, se calmó el sentimiento general de los habitantes de Filipinas.

Doña Lidia resolvió quedarse en Manila, pues consideró que su hija estaría mejor en su país natal, y por lo tanto más á gusto que en otro país alguno.

Hízose almoneda de todo cuanto encerraba su lujosa casa, eligiendo entre sus muebles los más modestos, y se instaló en una casita de tabla y nipa en el camino de *Mariquina,* que es el que conduce á un pueblo llamado así, y que dista un cuarto de legua de Manila, propiedad casi todo del mayorazgo de Tuason (1) y en cuya parte izquierda está San Juan del Monte, San Felipe y otro pueblo análogo que, como Mariquina, posee riquísimas aguas que

(1) Tuason, corrupción de Tua-kong, es el apellido de una familia mestiza china, que emparentada con españoles ilustres y de posición ha llegado á tener gran capital é influencia en los negocios comerciales de las Islas Filipinas. Los que lo llevan este apellido figuran entre los españoles del país.

los facultativos recomiendan con preferencia á cuantos padecen de disentería.

En los meses de Febrero, Marzo y Abril estos pueblos están habitados por multitud de familias que, huyendo del calor sofocante de la capital, buscan la temperatura agradable de aquellas montañas siempre verdes.

VII.

Una mujer hermosa.

VARIOS fueron los partidos que se le presentaron á Lidia durante su viudez, no queriendo aceptar ninguno.

El recuerdo de su esposo no se separó jamás de su mente, conservándose fiel á su memoria.

Durante el año de luto, nadie la vió más que en la capilla de los Padres Jesuitas (1), donde iba todos los domingos y fiestas de guardar con su querida Pacita, la cual atraíase las miradas de todos, españoles y extranjeros, dándose cita á la puerta de dicho templo para verla subir á su carruaje y admirar hermosura y gracia tantas.

---

(1) El día de San Ignacio de 1887 inauguraron los Padres de la Compañía el precioso templo q hoy poseen y que está bajo la advocación de S Ignacio de Loyola. Hasta entonces tenían una m desta capilla, cuya entrada era por la calle de Anc

Era hermosísima y parecía que Dios se había complacido en dotarla de todas las más bellas cualidades.

Las mujeres la envidiaban, sobre todo las que por su caudal creían superarla. Buscábanle mil defectos que en realidad no tenía, y á veces con frecuencia se oía decir por esas chismosas de oficio:

—Sí, es guapa, muy linda, pero es tan tonta y... dicen...

—Pero, ¿qué dicen?

—¡Ay! ¿no lo sabe V., amiguita? pues fulanita ya no la trata, y menganita tampoco la mira á la cara... Y como viven solas en el camino de Mariquina... Se exponen...

—Esto sí que no me parece bien... tan separadas del público denota que ansían no ser vistas. ¡Vaya con las aristócratas europeas!...

Este es el medio que casi todas las feas de aquel país (que no son pocas) emplean como arma poderosa para atacar á las que naturaleza dotó con sus gracias.

Pacita era uno de esos tipos españoles pintados por Goya, de rostro oval,

morena, con hermosísimos ojos, en cuyas miradas se leían los más dulces poemas, dando sombra á tan relucientes pupilas, arqueadas cejas y larguísimas pestañas. Su diminuta boca encerraba verdaderas perlas, y en sus carmíneos labios se dibujaba siempre candorosa y dulcísima sonrisa.

De regular estatura, y hasta más bien alta para sus quince años, en conjunto su figura aparecía gallarda y esbelta.

Conociendo Lidia cuánto valía su hija física y moralmente, procuró ante todo ponerla bajo la dirección de un sabio director, que, como dice San Francisco de Sales, «ha de ser sabio, prudente y virtuoso, y sujetarse á él en todo, siendo esta la advertencia de las advertencias...» (1)

Nunca quiso esta buena madre que su hija tuviese amigas íntimas, pues muchas veces sucede que éstas contribuyen á la desviación moral de muchas jóvenes, causando á menudo su perdición y la intranquilidad en las familias

Pacita leía mucho, pero siempre l

(1) Catecismo del Padre Astete.

bros escogidos por lo morales y de instrucción á la vez. Estaba suscrita á periódicos de modas y labores de procedencia española, y sin más maestras que su madre (verdad es que ésta era muy instruida), adquirió una brillante educación.

Conocía perfectamente la Historia de España y sus colonias, la general de Europa, y casi de memoria toda la Historia Sagrada y parte de la Romana.

No era menos aprovechada en labores, pues las hacía todas, tanto que su casita estaba convertida en una pequeña exposición, allí se veían tapetes de mesa hechos á ganchillo, alfombras bordadas estilo renacimiento, cojines con ricos bordados también, cortinas de malla y encajes, jardineras de cuero esmaltadas con delicadas flores de batista imitando plantas naturales, y un sinnúmero de objetos análogos.

Sus trajes se los hacía ella misma, dirigida por su madre, de suerte que en aquella casa jamás se dió un *peso* (1) la modista.

(1) Peso se llama en Filipinas á la moneda de ınco pesetas que en España llamamos duro.

Además, planchaba y rizaba los vestidos y prendas más delicadas, porque decía siempre esta virtuosa niña, que nunca estaba más contenta que cuando echaba una mirada sobre sí misma y podía exclamar: «todo me lo he hecho yo, todito.»

Uno de los amigos de la casa, el distinguido pintor y director de la Academia, Sr. Sáez, (1) la dió algunas lecciones, y en poco tiempo hizo rápidos progresos en el arte de Murillo.

En el piano su madre era una profesora consumada; baste decir que fué primer premio, en su tiempo, del Real Conservatorio de Madrid; de manera que habiendo enseñado la música á su hija, le trasmitió su escuela y el buen gusto con que interpretaba los mejores autores. El canto fué también de su predilección; en una palabra, en Manila no podía presentarse joven que estuviese mejor educada por ningún concepto.

(1) Fallecido en 1891.

VIII.

El Rey de Camboja.

Era Capitán general de Filipinas don Rafael Izquierdo, cuando en el mes de Agosto de 1872 recibió una comunicación del Gobernador general de Saigón, diciendo que S. M. el Rey de Camboja, Norodón I, se disponía á recorrer los países vecinos de su reino.

Al hablar los franceses de aquel Rey, que les servía de irrisión, debieron anunciar su visita de distinta manera; pero, siendo protectores de éste, los franceses quisieron darse importancia, como acostumbran, razón única que tuvieron para anunciar con tanto bombo y platillos el viaje del pobre *Norodón I.*

Por este motivo, el Capitán general ió órdenes oportunas en la plaza, para ue se le recibiese como se acostumbra

cuando visitan las Islas príncipes extranjeros (1).

Tres regimientos indígenas formaron la carrera por donde debía pasar. Los carruajes de *Malacañán* (2) fueron á recibir á S M. con las libreas de gran gala. Se pusieron arcos triunfales por todas partes, habiendo iluminaciones y danzas por las calles, de las llamadas de moritos.

El infeliz indio Norodón estaba asustado, no dándose cuenta de lo que sus ojuelos veían.

Como complemento de los regocijos descritos, se dió un gran baile de etiqueta en las Casas Consistoriales, y á las diez de la noche, acompañado del Sr. D. José M.ª Díaz, Gobernador civil, presentóse en el Ayuntamiento S. M. Cambojana, en traje de etiqueta á su capricho. Vestía un frac de muy mala forma y del peor gusto, pantalón y chaleco

(1) Manila ha sido visitada por el Duque de Edimburgo, Gran Duque Alejo de Rusia, Príncipe Tomás de Saboya, y por el príncipe Enrique Osca de Alemania.

(2) Malacañán, palacio del Capitán general d las Islas desde 1863,

blancos, el cuello de la camisa redondo, tal como lo llevan los niños en Europa, y unido con un gran broche ó imperdible como lo pondría una señora. Era el broche de rica pedrería, en la que abundaban preciosísimas esmeraldas. La leontina de su magnífico cronómetro, por el grueso, podría servir de amarra para el áncora de un buque. ¡Jesús, qué cadena!

Dió un paseo alrededor del gran salón, saludando á todas las señoras con una inclinación de cabeza, y se permitió decir al Sr. Díaz que las españolas eran muy guapas y le gustaban mucho.

Llegado que fué al sitio que le estaba reservado, manifestó de nuevo al Capitán general cuán grato le era ver tanta señora hermosa. Esta galantería que en otro personaje nada tiene de particular, significaba mucho en aquel poco regio huésped que trajeron los franceses. ¡Qué Norodon!...

¡Un gran baile á Norodón I!

De todas las poblaciones que este personaje visitó, sólo en Manila vió el progreso europeo. Hizo infinidad de

compras de objetos nuevos para él, se surtió de curruajes magníficos, cuya industria se encuentra en aquel país tan adelantada como en París, Nueva York ó Barcelona, llevándose también caballos de las provincias de Alvay é Ilocos, que son los mejores de Filipinas.

Entusiasta por la música el Rey Cambojano (aunque no conocía una nota), llevóse consigo, para instalarlos como músicos reales, á treinta indios casi todos de la misma capital del Archipiélago, los que formaban una banda regular, pues á pesar de estar muy satisfechos de sus colonias los ingleses y franceses, no se encuentran en ellas estos elementos. De aquí, pues, que Manila, la sin par Manila, sea un recuerdo imperecedero en la mente del Rey indo-malayo.

El día que hizo su entrada en la perla de Oriente el citado pobre Rey, trasladáronse desde Mariquina á Manila D.ª Lidia y Pacita, para presenciar los festejos dedicados al estrafalario Norodón (1).

(1) No anduvieron muy acertadas en la elección de festejos para el citado personaje nuestras dignas autoridades: juzgáronle con gustos europeos, y se

Hacía tiempo que la mano de Pacita era solicitada por muchos, pero su virtuosa madre decía con frecuencia:— Hija mía, en lo que concierne á elección de marido, no te he de contradecir, siempre que sea hombre honrado (por más que sea pobre), con tal que sea digno y de sentimientos religiosos, pues considero que estas son las circunstancias necesarias para que la vida íntima sea ensueño de felicidad.

Pacita no se fijaba en nadie, y aunque iba á reuniones y á bailes, lo hacía no por oir galanteos que la costumbre ha hecho que se prodiguen á todas las jóvenes hermosas ó feas, sino por ver bonitos trajes y, en una palabra, para menear los pies á los acordes de una afinada orquesta.

---

olvidaron de lo mejor; ó sea de una pelea de gallos, afición tan arraigada en los hijos de Oriente. Los cortesanos ó ministros de Norodón iban descalzos y á medio vestir: quien llevaba levita larga y quepis, quien chaquetilla blanca de algodón y sombrero de copa, y no faltó quien llevase turbante, frac falda de mujer. Estos tipos, cogidos de la mano ual niños, corrían por las calles, bufando si se les ablaba ó abriendo las bocas pasmados como puera hacerlo el papamoscas de Burgos al dar las)ce.

Lidia, desde que se vió sola con su hija, no tomó parte activa en ninguna diversión, y sólo iba á éstas con el objeto de acompañar á Pacita; y ésta, para quien su madre era además su amiga íntima, le comunicaba todas sus impresiones y hasta el menor de sus pensamientos. Cuando salieron del baile de etiqueta que se dió á Norodón I, refirió á su madre la joven Pacita cuanto la habían dicho. ¡Ojalá que esta costumbre la tuvieran todas las niñas! ¡Cuántos pesares evitarían! Aunque madres hay, por desgracia, que procuran ahogar los más tiernos sentimientos de sus hijas, haciendo con esto que las pasiones tomen mayor vuelo, siendo el móvil de muchas madres el vil interés que tantas desgracias causa.

D.ª Lidia, verdaderamente cristiana, cuyos principios tanto influían en Pacita, había puesto los ojos en un joven que con frecuencia veía en la capilla de los Padres Jesuitas, quien á su vez también se fijaba en estas señoras.

La experiencia hace ver á menudo cuán lejos está la felicidad de la riqueza y aparato externo, encontrando en

las clases menos acomodadas matrimonios que son envidiables por el mutuo cariño que se profesan.

Esto era lo que tenía preocupada en gran manera á la madre de Pacita, que sabía que la mujer para amar de veras ha de admirar primero, y así, según el talento y educación de la mujer, ha de ser el hombre elegido, pues de lo contrario el martirió para la pobre esposa será inevitable, y si ésta es virtuosa no se hará esperar.

¡Qué daños causan los padres ó tutores, sobre todo en Ultramar, que al casar á sus hijas sólo se fijan en el capital y comodidades de que los maridos podrán disponer!

Sin que mi objeto sea ofender á nadie en lo más mínimo, quiero demostrar la triste costumbre que existe en todos los países donde va la emigración europea.

Por regla general casi todos los capitalistas que allí se improvisan, son hijos la mayoría de humilde cuna, y or consecuencia faltos de toda educaión; pero, como el dinero, según diho vulgar, *todo lo puede*, estos hom-

bres ya ricos, buscan ó eligen esposa entre las mejores familias, para compartir el resto de su vida como compañeras, no para hacerlas felices, sino para satisfacer una necesidad que sienten de enaltecer su riqueza, casándose con hijas de familias distinguidas y en consecuencia, hacerlas desgraciadas para el resto de su vida.

No deja por esto de haber excepciones que confirmen la regla general, y éstas en las mismas Islas Filipinas se ven honrosas, que la juventud debiera tenerlas por modelo; mas debo añadir, que estos honradísimos españoles que á fuerza de trabajo y constancia adquirieron nombre y fortuna, no fueron á buscar para esposas señoritas distinguidas, sino mujeres de su misma clase, llevados tan sólo por la santa y poética idea de hacer la felicidad de la mujer amada.

D.ª Lidia, cuyo pensamiento estaba fijo en el porvenir de su adorada hija, conocía este mal social y decía:—Jamás mi Pacita será esposa de uno d esos señores hechos en pocos años llenos de relumbrón y lujosos trene

á la vez que faltos de educación y careciendo hasta de los primeros rudimentos de instrucción.

D.ª Lidia se había fijado, según dijimos, en un joven que iba con frecuencia á la capilla de los Jesuitas. Este, que se llamaba Claudio, era un muchacho virtuoso y huérfano, quien educado en el Ateneo Municipal (1) por los hijos de san Ignacio, cursaba leyes en la Universidad Real y Pontificia de Santo Tomás, y era puesto por modelo entre sus condiscípulos. La pobreza era su único capital, pero á ésta se unía un alma grande y un corazón generoso.

Cuando sólo contaba diez años, acompañado de una hermanita de ocho, vinieron á Manila, siendo huérfanos de un español muy honrado, que residió largo tiempo en la provincia de Alvay dedicándose á las plantaciones de abacá (2), negocio especial de aquella provincia; pero habiendo tenido que ir por asuntos propios á la

(1) Colegio de los Padres Jesuitas.

(2) Abacá. El filamento de un plátano especial ie se exporta en gran cantidad á Inglaterra, proiciendo grandes rendimientos al comercio de lipinas.

Isla de Mindanao, pereció á manos de los piratas joloanos, que merodean aquella vastísima Isla.

Al recibir tan triste noticia en Alvay, la madre de estas criaturas, mestiza española, y de familia pudiente, quiso vengar la muerte de su esposo, y presentóse á las autoridades, quienes de su parte hicieron mucho para castigar la altivez y barbarie de los mahometanos juramentados.

Cinco meses sobrevivió á su esposo la buena mestiza, á la cual desde la muerte de su marido no cesaron los padecimientos.

Las celosas autoridades de Alvay determinaron mandar los niños huérfanos á Manila, para que recibieran la educación necesaria, habiendo elegido para Claudio el Ateneo Municipal, y para Mercedes, su hermanita, el Real colegio de Santa Isabel.

Es este colegio una fundación benéfica y exclusiva para huérfanas de españoles, las que allí reciben esmerada educación, y cuatro pesos mensuales para sus pequeños propios gastos, teniendo cubiertas todas sus necesidades hasta con lujo.

Cuando una de las educandas toma estado, de los fondos del colegio, que están administrados por una respetable Junta, recibe un pequeño dote consistente en trescientos pesos, que generalmente sirven para el equipo de novia.

Las directoras de este establecimiento son las dignas Hermanas de la Caridad españolas, que se desvelan para sacar de sus discípulas madres hacendosas y cristianas.

Esto comprendieron el Sr. Alcalde Mayor y Rdo. Cura párrocó, cuando se decidieron á buscar centros de educación para los huérfanos, y sobre todo para la niña Mercedes, cuyo carácter díscolo tanto preocupaba á su pobre hermano en el momento de la separación.

Eran estos dos hermanos el tipo más opuesto el uno del otro; mientras Claudio se hacía querer de todos cuantos le trataban y era puesto como modelo entre sus compañeros de colegio, su hermana hacía perder la paciencia á las Hermanas de la Caridad sus profesoras.

Claudio estaba dotado de muy claro talento, y éste, unido á un asiduo estudio, hacía que en todas las asignaturas sobresaliese por su saber.

Además era muy bondadoso, y no en vano se dice que el rostro es el espejo de nuestra alma, viéndose muy claro este principio en Claudio. Tenía esa hermosura varonil que tan bien sienta, elegante sin afectación, era de estatura mediana, rostro agraciado y frente despejada, en cuya mirada penetrante se vislumbraba la inteligencia.

Concluidos los estudios del Ateneo, donde recibió el título de Perito mercantil y el grado de Bachiller en Artes, pasó á estudiar leyes á la Universidad Pontificia.

Si los Padres Jesuitas tenían grata satisfacción al hablar de su discípulo, los Padres Dominicos de la Universidad se sentían orgullosos en que cursara sus respectivas asignaturas muchacho tan dispuesto.

Así pues, con lo dicho, bien se habrá comprendido quién era Claudio y cuánto valía física, moral é intelectualmente.

Como hijos estos huérfanos de español y mestiza, ambos sacaron muy marcada la raza primitiva, ó sea la española el varón é india la hembra.

Claudio parece un español de la península, Mercedes dió el salto atrás, como suele decirse, y parecia india de pura raza; la indolencia es su principal defecto, unida á un carácter díscolo y tímido á la vez.

Mucho nos hemos desviado de Pacita, y á fin de continuar nuestra historia, dejemos por ahora á Mercedes en el colegio de Santa Isabel, donde permanecerá algunos años.

En los diarios de la bella ciudad de Legazpi se lee la siguiente gacetilla: «Mañana á las siete de la tarde tendrán lugar en el Paraninfo de la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás los ejercicios de noche triste para tomar el grado de Licenciado en Jurisprudencia el aventajadísimo joven don Claudio Ruiz, quien no dudamos saldrá tan lucido como tiene de costumbre en cuantos actos públicos se ha presentado.»

El nombre de Ruiz anunciándose

para un acto tan solemne é importante, bastó para que lo más escogido de Manila en todos los ramos, se diese cita en la Universidad y acudiese á presenciar la licenciatura de Claudio.

Conocíanle hasta entonces por un muchacho inteligente y bueno, pero más tarde, desde aquel día, su fama se extendió por los brillantísimos ejercicios que hizo, y un abogado de mucha nombradía y clientela lo solicitó para que se encargase de una parte de su despacho, señalándole desde el primer día ciento cincuenta pesos de sueldo mensuales, además de una participación especial en el total de honorarios devengados en el bufete.

Como la ciencia sin la práctica, es ciencia á medias, en casi todos los casos, de aquí que Claudio aceptase sin vacilar tan provechosa colocación, felicitándose al mismo tiempo de que un letrado de tanta fama le distinguiera facilitándole aquella colocación, á la cual se comprometió asistir dos años.

Apenas Claudio se vió con tan buen sueldo, pensó en su hermana y trató de formarla un dotecito; en tres ó cua-

tro meses le colocó trescientos pesos en la Caja de Depósitos, y según calculó, con los intereses capitalizados y acumulados, más los trescientos pesos del dote de colegiala, podrían formarle un capital regular para el día en que tomase estado.

Cuando D.ª Lidia hablaba de casamiento á su hija, siempre le decía: «A mí quien me gusta mucho es el joven abogado que va á los Padres Jesuitas;» replicando Pacita: «Pero, mamá; si no le conocemos más que de vista, jamás nos ha sido presentado en parte alguna, por más que á mí en verdad también me gusta: á pesar de lo serio que parece, es elegante.»

—Hija mía, dijo D.ª Lidia, no nos preocupemos ni nos hagamos ilusiones, que si es verdad el dicho vulgar, «que casamiento y mortaja del cielo baja,» y te está destinado para marido nuestro simpático desconocido, no dejarán de presentarse ocasiones oportunas para que le conozcamos personalmente.

IX.

Temblor de tierra.

El 29 de Octubre de 1874, se sintió un temblor de tierra á eso de las diez de la mañana. Pacita cosía un vestido para la *Naval de Binondo*, cuando sintió el crujido de las paredes (pues ya se ha dicho que era de tabla (1) la casa que habitaba con su madre), viendo correr á los indios hacia la calle.

Su madre había salido en busca de algunos adornos á la tienda de Spring, sita en la Escolta (2), para concluir el traje de Pacita.

¡Pobre niña! La ausencia de su madre y lo que hubiera podido sucederle con el temblor de tierra la tenían consternada, y á su vez D.ª Lidia se deshacía en llanto pensando en su hija querida.

(1) En Filipinas se construyen las casas de tres clases: de mampostería, de tabla y de caña y nipa

(2) Calle principal de extramuros.

Pero afortunadamente el temblor no fué de los que dejan recuerdos imperecederos; así es que pronto regresó la madre de Pacita sin novedad; si bien, con el susto consiguiente. Abrazáronse al verse madre é hija y elevaron sus espíritus á Dios, que había velado por ellas en aquel día como en otros muchos.

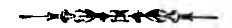
Los catorce años en Filipinas, es edad ya bastante para que las señoritas puedan tomar estado; á Pacita le sobraban buenas proporciones; pero Lidia, que sólo se unió á su esposo por el amor más puro que imaginar pueda sér humano, quería que su hija hiciese lo propio.

Como tenía experiencia, sabía que el fausto y el oropel no constituyen la felicidad, por manera que deseaba para su Pacita, un hombre que ante todo fuese honrado y de sentimientos religiosos. Esto pedía con el mayor fervor á la Virgen de Antipolo, quien no dudaba le depararía un yerno tal como ella lo deseaba, y por todos los medios procuraba que su hija á la vez fuera buena, y digna de un marido modelo. Por esto se

encargaba Lidia de la dirección de cuanto concernía á su hija, procurando que hasta en los más mínimos detalles fuese honesta; he ahí por qué salió en busca de adornos sencillos para que luciese Pacita en la próxima *Naval de Binondo.*

De *jusi* rosa pálido con lunares y cabos granate era el vestido de hechura sencilla y elegante. Para la cabeza tiene un céfiro blanco y dos dalias naturales, blanca una y carmesí la otra.

De este modo procuraba Lidia, que fuese sencilla y honesta, no dejando por esto de ser la más bella y elegante de todas las filipinas, pues sabido es que la elegancia no siempre se halla en la mayor ó menor riqueza de los trajes y sí en la forma y gusto de quien los ostenta.



X.

La Naval de Binondo.

El primer domingo de Octubre, festividad en todo el orbe católico de la Virgen del Rosario, lo es muy particularmente en la ciudad de Manila, que la tiene por patrona.

Cuando las naves de Acapulco venían á Manila cargadas de botín para las Islas, en una de sus primeras expediciones trajeron la venerada imagen, que tanto ha protegido á sus hijos de Filipinas.

Bien lo demostró la Señora cuando los ingleses quisieron apoderarse del Archipiélago, en cuya época unos cuantos españoles y algunos indios defendieron la ciudad contra la hueste enemiga, siempre invocando á su excelsa atrona la Madre del Rosario, en la que enen extraordinaria fe aquellos habiıntes. Lo propio sucedió cuando los

chinos vinieron con el facineroso y pirata Licmahón, que también fueron derrotados.

La procesión que sale de la conventual iglesia de Santo Domingo de Guzman es de lo más hermoso y rico que puede verse en parte alguna del orbe católico.

Diez magníficas efigies de Santos de la ínclita Orden Dominicana, cuyos trajes valen miles de pesos, son llevados en riquísimas andas de plata; preciosos estandartes representando los misterios del Santo Rosario, y por último la Señora y Reina de las Islas, la Santísima Virgen, cuyo traje y corona valen millones en pedrería y joyas, y es llevada en trono de oro y plata.

Cuanto se diga es pálido ante la realidad de aquella procesión, orgullo de Filipinas y de nuestra España querida.

En ese día es costumbre en las damas filipinas estrenar traje, rigiendo la moda para todo el año (1).

---

(1) Esa moda es para las que llevan el traje d[el] país, es decir mestizas é indias, que visten lo q[ue] ellas llaman saya suelta y *camisa* (especie de cor[pi]ño con anchas y vaporosas mangas) de ricas tel[as] trasparentes.

A los quince dias de la festividad de la población murada, tiene lugar la de *Binondo*. Este es un barrio comercial, el más rico y más populoso de la capital.

El grandioso templo de este barrio, que tantas veces ha sido reedificado, está dedicado á la Madre del Rosario, á la Virgen María, y si grande es el afán que tienen los manileños por la *Señora* de Santo Domingo, no es menos el de todos aquellos que habitan desde el puente de Santa Cruz á la divisoria de Tondo, para celebrar la *Naval de Binondo*.

Empieza la novena con la esplendidez que saben desplegar los PP. Dominicos cuando se trata de honrar á la Virgen del Rosario.

El templo se halla lleno de bote en bote, alternando siempre en la sagrada cátedra los mejores oradores de la citada orden. No hay familia que se crea completamente feliz si no ha participado en algo de estas manifestaciones religiosas. Sin embargo, la magnificencia se reserva para el dia de la fiesta.

La víspera, desde las tres de la tarde,

se ven multitud de chinos que trabajan sin cesar en los preciosos arcos que se levantan en las calles por donde ha de pasar la procesión solemne.

En nada se parecen estos arcos á los de follaje que vemos con frecuencia en España. Diríase que son de filigrana, pero están hechos con piezas de percal blanco (coco) y encarnado, produciendo muy buen efecto. Las calles aparecen iluminadas, y desde el más opulento comerciante, al más miserable y pobre indio, todos tienen sus casas adornadas en señal de adhesión á la gran fiesta.

Innumerables músicas recorren las calles, reuniéndose todas en la célebre plaza, que toda entoldada y rodeada de preciosos altares improvisados, parece como que recuerda los primitivos tiempos de la Iglesia católica.

Un poco más arriba están los cosmoramas y mesas de comida, en donde el cochifrito y mil golosinas brindan á los indígenas, tan amantes de comistrajos, á pasar un rato puestos en cuclillas, sorbiendo el *guinatang* ó *comiendo el pansit sabroso* (1) que no es otra cosa

(1) Pansit. Dicen los filipinos que es plato muy esquisito; compónese de unos gruesos fideos d

que unos fideos sumamente gruesos, hechos de harina de arroz y guisados con camaroncitos, huevos de pato y otra infinidad de mariscos y especies capaces de levantar ampollas en los estómagos delicados.



---

harina de arroz, langostinos, huevos de pato, si-nigán y limoncillos á los que denominan *Coloman-sit.* Comen los indios el pansit á puñados, cosa de suyo tan repugnante que nos privó el probar seme-jante guiso, apesar de las ponderaciones que de él hacen algunos peninsulares.

XI.

El tercer domingo de Octubre.

Son las cuatro de la mañana, y las campanas de las iglesias todas, anuncian que el santo sacrificio de la Misa va á empezar; sin embargo, se nota un gran repique en Binondo, anunciando de un modo particular que ha llegado ya el fastuoso día.

Allí, tan lejos de la madre patria, se ven las mismas costumbres en lo referente al culto, y no es extraño, siendo españoles, y españoles de corazón, los que las impusieron.

El día es hermoso, y aquel cielo, á ningún otro comparable, parece que muestra sus preciosas galas, ostentando el azul más puro y abrillantado que jamás pudo concebir ningún pintor.

El pueblo filipino, ó mejor dicho e pueblo de Manila, cree que si se celebra poco la *Naval*, los negocios no irán bien

y así despliegan ese lujo oriental para celebrar la gran fiesta.

El templo es un ascua de oro, y en el altar mayor, con la cortina descorrida. se ve la adorada imagen de la Virgen.

A las ocho comienza la Misa mayor, y el sermón está á cargo de un joven orador de lo mejor que existe en las Islas. El predicador conmueve y hace renacer en el corazón de todos el amor entrañable á España. Muy cerca del púlpito están Pacita y su madre, que han acudido muy tempranito al templo, para asistir á los oficios.

—¡Ay, mamá! dice Pacita; ¡qué país tan grande debe ser España, cuyos hijos, por lo que ha dicho este elocuente Padre Nozaleda (1), han venido á tan lejanas tierras á propagar la luz del Evangelio, á civilizarnos y dar unas leyes tan sabias!

—Sí, hija mia, le respondió su madre; tú sabes por la historia, que los españoles fueron los primeros que lleva-

(1) Un año ó poco más hacía que estaba en las las el joven Fray Bernardino Nozaleda, hoy Arzobispo de Manila. Salió de Barcelona á tomar posesión de su archidiócesis el 9 de Enero de 1891.

ron á sus colonias su hermosa religión, y tú como española que eres y filipina á la vez, debes infundir siempre á los leales hijos de estas Islas, el amor más tierno y especial deferencia á ese país, el más hermoso de Europa, Pacita mía, cuna de millones de santos, de tantos sabios y de tantos valientes, y cuna también de tus mayores. En este día más que en ningún otro, continuaba Lidia, hemos de rogar á la Santísima Virgen por aquella bendita tierra, para que siempre tengan paz, que brille por su prosperidad, y para que la fe se aumente en todos los corazones de los hijos de la península Ibérica.

Esta conversación sostenían madre é hija en el carruaje; apenas terminada la función dirigiéronse á una de las casas de la Escolta, donde estaban invitadas á pasar el día, ver la procesión, y asistir al baile que aquel día es de rigor.

Aunque el calor se deja sentir bastante ¿quién es capaz de quedarse sin re correr todo el barrio? ¡Qué bullicio ta grande! Pacita acompañada de su ma

má y de otras niñas, visitan á las familias de quienes recibieron invitación y ven los preparativos de cada casa.

Los chinos *macaos* (como allí dicen), que todos son cocineros, han pasado algunos días trabajando de su arte, para preparar los platos más exquisitos.

Á las cinco saldrá la procesión.

Los gremios de *mestizos* y *sangleyes* irán en corporación.

El *Gobernadorcillo* de Sangleyes (chinos) irá también con su bastón de mando, ostentando magnífico puño de oro y un cirio que, por su extraordinario tamaño, podría llamársele *Pascual*. Viste túnica de seda celeste y calzón de finísima seda y holgada pierna, sujeto á la pantorrilla con cintas entrelazadas. Acostumbra ir con sus *ediles* delante de la sagrada Imagen y dándose mucha importancia.

Esta procesión es parecidísima á la que sale de la iglesia de Santo Domingo, pues ambas rivalizan en lucimiento y riqueza.

Ya dijimos el traje que estrenado por Pacita, fué el mismo que lució en el baile donde estuvieron invitadas, en cuya reunión fué objeto de los mayores obsequios y distinciones.

XII.

Carreras de caballos en Manila.

A principios del mes de Febrero tienen lugar en Manila suntuosas carreras de caballos, las que con tanta lucidez celebra la sociedad Jockey Club en el Hipódromo de Santamesa (1).

Eran estas diversiones del agrado de Pacita y siempre asistía con su buena mamá.

Como todos los espectadores que iban á las carreras tenían que pasar por delante de la casa de estas señoras, de ahí la costumbre que habían adquirido de presentarse las últimas, para poder ver las largas filas de carruajes y lujosos trenes que desde las dos y media cruzan la vía conduciendo á sus dueños ávidos de instalarse los

(1) El sitio donde está establecido el Hipódromo lleva tan extraño nombre sin que por más que lo haya preguntado, pudiese averiguar su origen la autora.

primeros en el Hipódromo, durando una hora poco más ó menos, hasta que la primera autoridad de las Islas aparece en la tribuna. Entonces era cuando abandonaban su balcón las de La Ensenada y dirigíanse al Hipódromo, yendo á ocupar un asiento de invitación en la elegante tribuna destinada al bello sexo.

Va á empezar la primera carrera, los ginetes salen á la pista, mas los espectadores no por esto dejan de fijarse en un coche de los llamados *tres por ciento,* ocupado por Pacita y su mamá; ésta viste de negro, muy sencilla, aunque siempre elegante.

Su hija lleva un vestido de *tarlatana* azul pálido, hecho según el último figurín iluminado, y cubre su cabeza un sombrero boina, de paja blanca con la vuelta forrada de terciopelo azul y dos pompones azules también. Encantadora como siempre, se ve á Pacita y hasta que con su madre no ha ocupado su puesto, ha sido objeto de todas las miradas.

Ajenas estaban madre é hija de la satisfacción que les aguardaba.

El que ha asistido á estas hípicas fiestas, no ignora las apuestas que se cruzan entre los espectadores, y que constituyen el alma, por decirlo así, de esta diversión de origen inglés y que tanto se va generalizando. Pacita, según es costumbre, esperaba con su cuaderno en la mano alguien que viniese á ser su contrario en la primera carrera que iba á comenzar.

Claudio Ruiz creyó que aquel era el momento más oportuno de dirigirse á esta señorita, y después de un respetuoso y cortés saludo de cabeza, la dijo: «Señorita; si no tiene V contrario para las apuestas, ¿vacilaría V. en aceptarme?» Con grato placer aceptó Pacita, después de haber tenido el asentimiento de su querida madre, quien al punto conoció á Claudio como al joven que iba á la capilla de Padres Jesuitas y que tanto la distraía por sus severos modales.

Verificóse la primera carrera, Pacita ganó con *Alvay*, y luego ganó Claudio con *Pampangueño*, con gran contento entre ambos.

Terminada la fiesta, nuestro joven

letrado acompañó á la señora y señorita de La Ensenada, hasta que encontraron su carruaje. Como se hace entre gente de buena sociedad, le ofrecieron su casa, y después de los saludos de costumbre, se dirigieron hacia la suya del camino de Mariquina.

Ya hemos dicho que D.ª Lidia acariciaba tiempo hacía la idea de unir á su hija con Claudio Ruiz, sin fijarse más que en las prendas morales de éste.

—¿Ves, Pacita, decía á su hija, cómo parece que mis deseos van á cumplirse? ¿Te gusta Claudio, hijita mía?

—Mucho, mamá, y siento placer gratísimo cuando pienso en él. ¡Qué formal, mamá! ¡y qué fino! parece que viene de Europa, y sin embargo no ha salido de este mi atrasado país; pero, es cierto que los niños educados por los Jesuitas se distinguen generalmente de todos los demás por su buen trato, porte serio y agradable á la vez.

—Pues ahora me toca á mí dar el parecer sobre el joven Claudio, y te diré que me ha llamado la atención el comedimiento de este chico en todo lo que respecta á su prójimo, aquí

donde la crítica mordaz es la verdadera comidilla, y que las más de las veces el honor sale tan mal parado; ese chico no se ha deslizado lo más mínimo, antes por el contrario, ¡con qué caridad habló de la pobre viuda... tan vilipendiada por todo el mundo... ¡Si llega á decirte que te quiere, creo que la alegría me afectaría demasiado, hija mía, porque siempre he pedido á Dios para ti sobre todo, un hombre formal y de sanos principios, tan escasos hoy en nuestra sociedad desmoralizada.

Conocido nos es el lugar y la sociedad que compone la tribuna del Hipódromo; el segundo y tercer día fueron como el primero animadísimas y muy reñidas las apuestas.

Amable y cariñosa como siempre la jovencita, invitó para la apuesta á Claudio, quien, como es consiguiente, aceptó sin vacilar, siendo su caballo *Avión*, que tantos premios le ganó á Quesada, consistentes éstos en riquísimas copas de plata, y centros preciosos del mismo metal labrados en Manila.

Claudio optó por *Gloria*, y con gran satisfacción de éste ganó Pacita.

De regreso á su casa el último día, hizo recaer D.ª Lidia la conversación sobre su simpático amigo.

—Conque el abogado te gusta, ¿verdad, Pacita?

—Sí, mamá, y mucho...

—Grave es esto, hija mía; estas cosas se han de pensar con calma, no es la cuestión de un día el matrimonio. ¡Cuántas veces, llenos de ilusión, se unen dos jóvenes, que al poco tiempo, si no fuese porque este sacramento se contrae para toda la vida, se divorciarían! Aparte de esto, apoyo y me congratulo de tu elección; ni tú ni él sois ricos, pero te vería con gusto unida á este muchacho.

—¡Que Dios te oiga, mamita mía! porque me parece que le quiero, siento algo así que no lo sé explicar.

Claudio á su vez estaba enamorado de Pacita, parecíale el tiempo un siglo, hasta tener el placer, como había prometido, de ir á saludar á tan distinguidas señoras.

Por fin satisfizo su deseo. El *bata* (1)

---

(1) Este nombre se da en Filipinas á los criados jóvenes de ambos sexos, si bien á las hembras es más común llamarlas dalaguitas.

de Pacita le dijo que sus señoritas se estaban preparando para salir, pero pasó recado y Claudio fué admitido.

Un sabio y virtuoso jesuita dirigía á estas tres personas espiritualmente, y no dejó de llamar la atención del virtuoso hijo de san Ignacio esta coincidencia é igualdad de pareceres, que tan bien cuadra en la elección del sér que ha de unirse á otro por toda la vida.

No tardó Claudio en ir á consultar con el reverendo Padre, y excusado es decir la alegría que sintió el venerable anciano (1).

—Sois el uno digno del otro, le decía á éste, y por mi parte, después de hablar al Padre Superior, estoy dispuesto á pedir la mano de Pacita para ti, hijo mío, que no dudo serás un buen esposo, y un buen padre en su día. No vaciles en avistarte con estas señoras, serás bien recibido, estoy seguro, me pedirán informes tuyos, y como

---

(1) El R. P. Guerrico llegó á Filipinas en 1859 después de haber trabajado de modo admirable murió el 23 de Diciembre de 1883 en olor de santidad

te indico, haré las veces de padre yendo á pedirla para ti. ¿Quieres más, hijo mío?...

¡Qué misión tan grande la de los religiosos todos en Filipinas! Allí, lejos del país que los vió nacer y separados de todos los suyos, se dedican á inculcar y conservar la religión católica, y el amor á la madre común nuestra querida España: prontos siempre á llevar consuelo y alivio á todos sin diferencia de clases, al rico y al pobre, al español y al indio, al mestizo y al chino, en una palabra, á todo sér humano, sin reparar en raza ni condición.

En todas direcciones, de norte á sur, van cruzando las Islas; repartidas éstas espiritualmente están entre las cinco órdenes que allí existen, y que, mal que pese á muchos, son los centinelas avanzados de la patria. Son los Agustinos, Dominicos, Franciscanos, Jesuitas y Recoletos, cumpliendo los difíciles deberes del sacerdocio y del profesoado (1).

(1) En la actualidad se hallan también establedos los Padres Capuchinos que poseen las misio-s de las Carolinas.

Los Padres Agustinos fueron los primeros que en compañía de Legazpi, entraron en Manila, yendo entre ellos el Padre Urdaneta, de feliz recordación.

Estos poseen la grandiosa iglesia de San Agustín, que da á las calles Real y de Palacio y el curato de Tondo en Manila; varias haciendas en los alrededores como Malinta, Guadalupe, Cavite Viejo y otras, é innumerables curatos en toda la isla de Luzón, y en la mayor parte de las islas Visayas.

Poseen una procuración en China y una casa misión. Dedícanse especialmente á la colaboración de obras científicas, tales como la flora y la fauna de Filipinas.

Los reverendos Dominicos poseen también magnífico templo, de estilo gótico, gran convento, la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás, el colegio de San Juan de Letrán, y la primera parroquia de Filipinas, Binondo, siendo en la actualidad su párroco el Rdo. Padre Hevia Campomanes (1).

(1) Al publicar la primera edición de esta obr era Cura párroco de Binondo, el sabio y virtuos Fr. José Hevia Campomanes, hoy dignísimo Obisp de Nueva Segovia, en Ilocos, teniendo su silla epi copal en Vigán.

También estos Padres tienen algunas haciendas y muchos curatos en las provincias de Cagayán y Visayas.

A esta orden pertenecen el excelentísimo Sr. Arzobispo actual, Fr. P. Payo (1), el Emmo. Cardenal y Arzobispo de Toledo P. Zeferino González (2), y el ilustrísimo Sr. Obispo de Oviedo, Padre Vigil (3).

Los religiosos Franciscanos tienen, además de su iglesia y convento, el templo de la Orden Tercera, el cual sirvió de catedral provisional desde el año mil ochocientos sesenta y tres, hasta el mil ochocientos setenta y nueve, que se inauguró la nueva catedral.

Las parroquias de Sampaloc, San Miguel, Santa Ana y Paco (San Fernando de Dilao), arrabales de Manila, están administradas por dichos Padres. Varios pueblos de las islas de Luzón,

(1) Falleció en Manila llorado de todos los buenos, el 15 de Noviembre de 1888.

(2) El Padre Zeferino renunció á las sillas de Toledo y Sevilla.

(3) Fueron consagrados en Oviedo el 13 de Abril de 1890 los Padres Nozaleda y Campomanes, el primero Arzobispo de Manila y Obispo de Nueva Segovia el segundo.

Alvay, Camarines Norte y Sur, y algunos de las Visayas. Además tienen el hospital de leprosos, llamado de San Lázaro, en las afueras de Manila, una casa procuración en la misma capital y otra en China.

Los Padres Jesuitas fueron por segunda vez á las Islas el año mil ochocientos cincuenta y nueve, siendo superior de aquella mision el reverendo P. Cuevas; acompañaban á éste los Padres Juan Vidal y José Ignacio Guerrico (1), todos tres ya difuntos. El reverendo P. Beltrán, que Dios conserve dilatados años para bien de la humanidad en aquellas regiones, pertenece á la segunda misión (2).

(1) El Rdo. Padre José Ignacio Guerrico, de santa memoria, falleció en Manila el 23 de Diciembre de 1883:

(2) El virtuosísimo Padre D. Pedro Beltrán falleció en Manila el 15 de Noviembre de 1888. Su muerte fué sentida de todos, porque todos sin distinción de clases habían recibido singulares muestras de su incomparable caridad, de su apostólico celo é inquebrantable amor á España.

El Padre Beltrán era el paño de lágrimas de cuantos sufrían. Allí, olvidado de sí mismo, consagrábase por completo á la dirección espiritual de las almas, y consiguió convertir á no pocos de los que se jactaban de odiar á la Iglesia. Pero, dond-

Poseen éstos el Ateneo Municipal, el gran observatorio metereológico (1) y una bien montada escuela normal de maestros, donde, como en el Ateneo, hay más de doscientos pensionistas, sin contar el sinnúmero de externos que asisten á sus escuelas. Hay además en Manila una casa misión y procuración, de donde salen los Padres para su apostólico ministerio.

Al Sur del Archipiélago existe la ri-

había que admirar al Padre Beltrán era á la cabecera de los moribundos. Algo especial sentían los que iban á dejar este mundo ante la presencia del Padre Beltrán. Sus palabras, siempre de consuelo, llenaban el alma de inmensa dicha, deseando ser únicamente de Dios é imitar al piadoso jesuita, cuya vida era tan semejante á la de los grandes santos.

Manila perdió á su padre al perder tan venerable religioso, pero desde el Cielo donde piadosamente creemos que mora, ruega por los hijos ingratos que desoyen y desprecian á las Ordenes religiosas, que son las únicas que sostienen enhiesto nuestro dominio en tan apartadas regiones, y ruega también por los que siempre fieles á sus prudentes y sabios consejos veneran su memoria y no le olvidan jamás.

(1) El sabio Director de este Observatorio, Rdo. Padre Federico Faura enfermó por el exceso de trabajo y constante estudio, y regresó á Barcelona en 1888. Hállase en la actualidad delicado de salud en el Colegio de san Ignacio en Manresa.

quísima y casi virgen isla de Mindanao. Allí desde mil ochocientos setenta y dos están llevando á cabo estos reverendos Padres la obra del rescate de niños moros, á quienes dan educación, les enseñan á trabajar la tierra, á hacerse sus barracas y, en una palabra, á civilizarles.

Acompañan á los Padres en tan grande obra, y encargadas de las niñas, religiosas llamadas del beaterio de la Compañía.

No hace muchos años que una de éstas fué herida gravemente por un moro, mas no por esto le vino la idea de abandonar su puesto.

La música es lo que con más entusiasmo aprenden los moritos, hasta el punto de que en corto tiempo llegaron á ser organistas de Cattabatto, Tamontaca y Polloc, tres de aquellos niños libertos.

Los Padres Recoletos, ó sean los Agustinos Descalzos, también tienen su bonito templo, y hasta el año del último terremoto poseían el lindo santuario dicho de San Sebastián, por estar al final de la calzada del mismo nombre, y bajo la advocación de la

Virgen Nuestra Señora del Carmen.

Hoy, de este templo y convento anexo, sólo hay ruinas (1).

Administran estos frailes la parroquia de Santa Cruz en Manila, de la Ermita y Malate en los arrabales, y tienen, como las demás órdenes, varias parroquias en las islas Batanes, de Tablas, y en Cagayán de Misanis, entre sus muchos curatos, el célebre de Antipolo.

Además de estas órdenes antiguas en la Iglesia católica, hay algunos individuos respetables de los religiosos llamados Paúles que tienen á su cargo el Seminario Conciliar, y la dirección

(1) Los días 15, 16, 17, 18 y 19 de Agosto del presente año (1891) tuvieron lugar solemnísimas fiestas con motivo de la inauguración del artístico y grandioso templo que los Padres Recoletos (Agustinos Descalzos) han construido en el barrio de San Sebastián y bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen. Persona competentísima nos dice: «Es este templo un verdadero monumento de arte y la primera y mejor iglesia de Filipinas por su sólida construcción y elegante forma.»

¡Quiera el Cielo conservar dilatados años tan recioso monumento para bien de la religión y loria de aquel pedazo de España!

(Semana Católica, de Barcelona.)

espiritual de los colegios de las hermanas de la Caridad.

En mi afán de hablar de Manila parece que olvido la historia de Pacita, pero al recordar á los Padres en Filipinas se agolpan á mi mente tantas y tantas obras dignas de encomio, á las que ni sus más encarnizados enemigos pueden negar su mérito (1).

Traslademonos por un momento á la casita del camino de Mariquina. Hace más de media hora que Claudio espera al reverendo Padre para presentarse á la que para él es la alegría de su corazón y el encanto de su vida.

Sin embargo, pensamientos tristes cruzan por su mente afligiéndole. «¡Soy mestizo! se decía; y quizá sea este motivo poderoso para que me desprecien estas señoras...

»Mi abuela materna era una pobre india... y estas damas que descienden

(1) En la actualidad se persigue á los frailes y á cuantos defienden los verdaderos intereses de España. Algunos mestizos chinos fundaron en Barcelona una miserable revistilla con objeto de ofender el nombre español.

de españoles ilustres, ¿cómo han de querer emparentar conmigo? ¡Oh! ¡soy muy desgraciado! pero ¿ignorarán ellas que mi buen padre era español peninsular? Bien lo sabrán, y si no, el Rdo. Padre Guerrico se lo dirá: su origen no era ilustre, ciertamente, pero consta que eran honrados y virtuosos mis abuelos.»

En estos pensamientos embebido, no sintió Claudio el ruido del carruaje que ya estaba casi junto á él, en el cual venía el ancianito jesuita.

—¡Cómo te anticipas, hijo mío! dijo el Padre con aquella dulzura sin igual con que acompañaba todas sus palabras, é inclinando la venerable cabeza del lado izquierdo, como acostumbraba, repuso: Te dije que saldría del confesonario á las cinco, y por lo visto te se ha hecho largo el tiempo, ¿verdad?

—Sí, padre mío, hace tres días que las horas me parecen eternos siglos.

—Animo, ánimo, dijo el reverendo, que todo saldrá bien, muchacho.

Apeáronse delante de la verja y distinguieron á la gentil Pacita, que ob-

servaba tras de las *Conchas* (1). La puerta estaba abierta y los criados entretenidos en jugar al *Chocan* (2), quienes al ver al Padre y su compañero lo dejaron todo, adelantándose con humildad á besar la mano del bondadoso anciano. Claudio se acercó con sigilo al fámulo que distinguió por mayordomo ó cochero para que les condujese á las habitaciones de las señoras.

Al oir preguntar por éstas dijo el indio: *¡Ay! señorito, no hay V. cuidado, empermo también un poco mi ama, pero siguro saldrá para ver con ustedes.*

Subieron los pocos peldaños, y en la meseta de la escalera esperaban Pacita y su madre á los visitantes.

—¡Muy bien, amado Padre! viene V. á honrar esta su casa, y V., Sr. Ruiz, tan atento, ha aceptado nuestro sencillo pero leal ofrecimiento.

---

(1) En Filipinas no se ponen cristales en los balcones; empléase la concha de nácar, á fin de que los fuertes rayos solares no penetren demasiado y ofendan á la vista.

(2) Chocan es una especie de caja larga ovalada con varios departamentos cóncavos en los que se ponen caracolitos, que llaman sigay: juego muy soso propio de indios.

Pasen ustedes al mirador; desde aquí se domina Manila, y les será más grata la permanencia entre nosotras.

Después de los cumplidos de costumbre, el Padre Guerrico preguntó á Pacita por sus estudios, informándose de todo como un cariñoso padre, y suplicó á la joven tocase alguna pieza en el piano.

Jamás esta niña se hacía rogar y deseando complacer, preguntó con amabilidad á dichos señores, qué autores les eran más afectos, y tomando la palabra el Padre (1) dijo: Toca lo que sepas de Bellini, que es autor muy cristiano, y cuya música no cansa nunca; ya sabes que me gusta mucho.

Así lo hizo, tocando varias partes de la Norma; después les enseñó unos paisajes pintados por ella, estantes confeccionados con adornos de cuero y varias preciosas labores.

Pacita recibió los plácemes de todos,

---

(1) El Rdo. Padre Guerrico era un gran músico, poseía una sonora y harmoniosa voz á la edad de setenta y cuatro años. Varias veces me acompañó al piano cantando el zorcico «Guernicaco Arbola».

pues veían sus visitantes, no una señorita filipina de las que creen que trabajan mucho porque hacen un cuadrito ó rosácea de ganchillo en el día; allí se notaba aplicación y provecho, atreviéndome á ponerla como modelo de instrucción y educación cristiana y científica á la vez, tal cual debe desearse para la mujer de buena sociedad en nuestros días.

Pacita hubiera querido que aquella visita no se acabara nunca, tal era la satisfacción que sentía...

El paso principal se dió, el Padre Guerrico pidió á nombre de Claudio la mano de Pacita, y fuéle concedida á gusto de todos.

La despedida estuvo afectuosa, y se convino en que nuestro pretendiente visitaría todas las tardes á su joven prometida. Ni un solo día faltó Claudio á la cita convenida. Pacita, alegre y contenta, esperaba la hora marcada y miraba su diminuto reló incesantemente hasta que veía comparecer á su amado.

—¡Pacita! exclamaba Claudio al divisarla, Paz querida, ¿has pasado alegre el día?

—Sí, Claudio, alegre con la esperanza de verte pronto, y triste, porque las horas se me han hecho pesadas. ¡Soy tan impresionable!...

—¿Te ocupas con gusto de tus quehaceres de siempre?

—Sí, ninguno dejo, pero me siento aburrida é inquieta por el deseo de tu presencia á mi lado.

—Pues aquí me tienes; manda como una reina, soy tu vasallo ¿lo entiendes?

—¡Mandarte yo que anhelo obedecerte! Creo que cuando se siente afecto y ternura por cualquier persona que sea, el primer impulso del corazón es desear obedecer á la persona amada. ¿Qué te parece mi lógica?

—Sublime, cualquiera diría que has estudiado minuciosamente las tendencias del corazón humano, ¿ó es tu mamá la que te alecciona en este asunto?

—¡Mamá! ¡pobrecita madre mía! nada le oculto, pero nunca le he indicado esta reflexión que la ha traído nuestro íntimo diálogo.

En el mismo salón aunque á *honesta* distancia, como diría don Cristino Martos, hallábase doña Lidia festonean-

do una camisa para su hija. Levantó la vista la viuda y notó que su hija, clavados los ojos en Claudio y con las manos juntas, hacía alguna súplica.

—¿Qué ocurre, Claudio? ¿qué dice esta niña?

—Me ruega que anticipe mi llegada de una hora por lo menos...

—Déjate de tonterías, Pacita, obras son amores. ¿No sabes que la obligación es antes que la *devoción?* El bufete, tiene días de más ó menos quehacer y Claudio ha de cumplir sus deberes.

—Sí, mamá, cierto es, pero son tantas las cosas que deseo decir á Claudio, que al verle partir todas se agolpan en confusión á mi mente, y mientras está aquí no sé qué me sucede; voy perdiendo la memoria, pero esto sólo me sucede en tu presencia, Claudio mío, después recupero todas mis potencias.

Ya fuese por la satisfacción que doña Lidia experimentara, ya porque su salud estaba quebrantada, y la compañía de un hombre como Claudio les era tan necesaria en su soledad voluntaria que pronto se trató del enlace, siend

éste á la mayor brevedad, conviniendo en la fecha del primero de Mayo, mes dedicado á la Reina del Cielo, y especialmente en Filipinas á la Virgen de Antipolo, Nuestra Señora de la Paz y del Buen Viaje.

El equipo de novia, conviene decir que todo fué obra casera: ellas, ayudadas de tres costureras indias y una máquina de Escuder, pronto prepararon lo necesario en tales circunstancias. ¡Ojalá que todas las jóvenes casaderas hicieran otro tanto! Pena da oir hablar á algunas tontas de su *trousseau*, como si la palabra equipo ó canastilla nó sonara bien á sus afrancesados oídos, y para darse más tono, éste ha de venir de París; lo español no lo quieren las señoritas de nuevo cuño...

Pacita y su bondadosa madre no eran de estas simples; pensaban en todo como españolas sensatas, prefiriendo en todo y á todo cuanto tenía origen de España.

Se trató también del viaje que los novios harían, después de casados, al vecino pueblo de Antipolo. Allí nació Pacita; en el célebre Santuario recibió

el agua regeneradora del bautismo, y allí quería ir en peregrinación, después de unida á Claudio, á presentar á la Virgen madre el esposo que la Providencia le deparaba.

¡Con qué afán se levantaba esta virtuosa niña á coser y preparar labor para sus sirvientas á fin de que todo estuviese para el día fijado! Claudio estaba cada día más enamorado, y agradábale la sencillez y precisión con que su novia emitía todas sus ideas.

Cuando la oía cantar se extasiaba: tenía una linda voz de mezzo-soprano, y gustábale mucho, aunque no la había visto, la zarzuela española, porque decía siempre esta angelical criatura: «Cuando canto en español estoy más animada, y canto mejor, sin darme cuenta de ello.»

Pacita tenía la costumbre de bajar todas las tardes á su jardín, recogía por sí misma las olorosas sampaguitas (1) y con ellas se hacía un precioso collar como es costumbre en Filipinas,

(1) Preciosa flor blanca de la familia de los jaz mines, tiene ocho ó diez pétalos, cuya fraganci no iguala ninguna flor europea.

pendiéndolo graciosamente de su alabastrino cuello.

En casa no usaba esta niña más que traje blanco, unas veces vestía bata, ó *mañanita* otras, encontrándola siempre Claudio blanca como una paloma, mientras ella le esperaba para recibirle con sin igual cariño.

XIII.

Participación de enlace.

HACÍA días que las de La Ensenada habían pensado en participar á sus amistades el próximo enlace, y como era justo, comunicar el día al Padre Guerrico (1), pues D.ª Lidia nunca faltaba ni al menor de los deberes sociales.

Llegados á la calle del Arzobispo, manifestaron al Padre el motivo de su visita; el santo anciano volvió á repetirles lo que en su casa les había dicho, que aquella unión le parecía providencial. «Estos jóvenes se quieren, mi buena señora, V. se congratula y yo bendigo con todo mi corazón á estos dos seres, cuyos sentimientos y educación

(1) El P. Guerrico fué siempre venerado com Santo. Pasó á Manila en 1859 y falleció en la n ma ciudad el 23 de Diciembre de 1883.

cristiana me llenan de contento: ¡ojalá que todos los matrimonios participasen de las mismas ideas! nuestra sociedad no estaría tan pervertida.

Desgraciadamente la mayor parte de ellos se hacen por interés ó por pura conveniencia: de ahí tantos y tan grandes males.

El amor verdadero, puro y casto, apenas se encuentra; por eso en semejantes matrimonios casi nunca hay felicidad, los defectos salen á relucir dejando de atenderse y considerarse como un mismo sér que representan.

San Pablo dice: «El que ama á su esposa se ama á sí mismo, porque nadie tuvo jamás horror á su propia carne, antes por el contrario la alimenta y sostiene.»

Como los Padres Jesuitas tienen el tiempo tan ocupado, la visita fué corta, pero provechosa, y se despidieron hasta el día de la boda....

Las amistades de D.ª Lidia no miraban este casamiento sino por la parte [illegible] interés, y lo creían un casamiento [illegible]ículo.

—¿No saben Vdes., señoras, les de-

cían, que la madre de este chico era una mestiza ó india?

—Lo sé todo, contestaba D.ª Lidia, si su madre era mestiza, sé tambien que era español su padre, mas esto no quita para que el hijo sea una persona digna de admiracion; para mi hija no busco ni un duque, ni un banquero: sólo anhelo un hombre de bien, de buena educación, y que la considere haciéndola feliz.

XIV.

El mes de Mayo.

ACERCÁBASE el poético mes de las flores, ese mes bendecido de los cristianos por ser dedicado á la Santísima Virgen. El día de San Felipe y Santiago será memorable para Claudio y Pacita. La ceremonia tendrá lugar en la suntuosa iglesia de San Agustín; poca gente hay invitada, pues la casita de Mariquina es tan pequeña, que prescinden de las reuniones propias de aquel país en días de boda.

La hermosura de Pacita aparece aquel día extraordinaria; viste lindísimo traje de granadina de seda blanco, sugetando su negra cabellera el velo de blonda española, blanco también, y corona de azahar, distribuidas con gusto por todo el lindo traje las mismas flores.

Las joyas son las mismas que llevó

su madre en semejante día, y que eran precioso regalo del malogrado Don Luis á su amante esposa.

Todo el mundo miraba á la desposada, mas ella, con los ojos bajos y modesta compostura, deseaba que terminara la ceremonia...

Al día siguiente, muy de madrugada, salieron para el Santuario en la engalanada banca que debía conducirlos.

¡Qué aspecto tan poético presenta el río Pasig desde el día primero de Mayo! El ir y venir de las bancas, que parten las unas del muelle de Sibacón, otras de Santa Cruz, las más del muelle de San Miguel, y todas llenas de gente alegre, de romeros ofrecidos la mayor parte por enfermedades sufridas, cuya curación deben á la Reina del Cielo.

Desde el mestizo más pudiente al miserable indio, que sólo ha podido recoger un peso (1) en sus ahorros, lo guarda para poder oir una Misa en el Santuario ó poner un cirio á la sagrada efigie.

Nunca se había separado D.ª Lidia d

(1) Peso, ocho reales fuertes ó sean cinco pesetas de treinta y dos cuartos.

su hija querida; así es que, si bien la ausencia era de pocos días, la pobre madre separóse de ésta como si fuese á emprender un largo viaje, con las mayores demostraciones de cariño y lágrimas abundantes por parte de ambas. Esto fué lo que se observó por espacio de media hora, haciendo mil devotos encargos la cristiana D.ª Lidia á sus hijos.

El recuerdo de su esposo no se desvió de la mente de la noble española, pero sobre todo, el día que ante Dios y los hombres Pacita contrajo matrimonio...

Nada diremos de la corta estancia de nuestra joven pareja en Antipolo. Eran novios, y basta para comprender los días de felicidad que allí pasaron.



XV.

Mercedes.

QUÉ ha sido de la hermana de Claudio Ruiz, de la colegiala Mercedes? Esta, por orden de su hermano, ha pedido una licencia, y acompaña á la señora de La Ensenada; además, dentro de pocos días tiene vacaciones, y las pasará en la nueva casa de su hermana política. Era tan poco á propósito el carácter de esta joven para vivir en compañía de la fina y atenta D.ª Lidia, que la pobre señora contaba los días que faltaban para el regreso de sus hijos, hasta por minutos.

Mercedes evitaba el hablar de su nueva hermana política, y en las pocas palabras que decía, notábase que la dominaba mísera y vil pasión, la envidia

Tanto afectó esta observación á la pobre viuda, que consideró necesario in-

timar á sus hijos volvieran pronto á Manila. Sólo cinco días pasaron ausentes, llenos de alegría; pero ésta trocóse al instante en pesar con el recuerdo de su madre enferma.

—Mamá no puede separarse de mí, parece una niña, decía Pacita, que ignoraba los sufrimientos morales de su madre.

¿Cómo es que siendo Claudio tan previsor no pensó en el díscolo carácter de su hermana?

Siempre que hablaba de Mercedes, el abogado, ponía de relieve la diferencia que había entre ambos, pero las de La Ensenada le llamaban exagerado, y hasta le decían que la quería poco.

—Yo la cambiaré, decía Pacita, con mi cariño y atenciones; mas equivocábase la dulce niña.

Las dignas Hermanas de la Caridad, españolas, que dirigen el Real Colegio de Santa Isabel, decían á menudo que Mercedes era desgraciada y hacía desgraciados á cuantos la rodeaban, pues a conocían por haber estudiado su carácter.

Apenas los noveles esposos llegaron

á Manila, comprendieron que la causa de la enfermedad de su madre era Mercedes; la india sirvienta que salió á recibirles, llorando les dijo en el castellano que acostumbraba (1): *¡Abá! Señoritos más mejor también aquel mangha colegiala ta quitá del casa de nosotros pronto. ¡Masamang! ¡Nacú! ¡Nacú!* (2). D.ª Lidia, para no asustar á sus hijos, se levantó haciendo un esfuerzo, y tal fué su prudencia que nada les decía de Mercedes; pero Claudio rompió el silencio haciéndola mil preguntas que todas eran en vano; la caridad, decía ella, nos prohibe hablar de los defectos ajenos; yo tengo los míos, y quizá mis susceptibilidades me hagan abultar las faltas de esta pobre chica.

Pacita refirió á su madre lo que la antigua criada les había dicho. «¡A qué, hija mía, pensar ahora en estas debilidades humanas! Sólo te encargo

---

(1) ¡Abá! Exclamación muy común en boca de los indios de Filipinas, y en todos los que han recibido escasa educación.

(2) ¡Nacú! ¡Nacú! Exclamación de más fuer que la primera. Esta la emplean cuando algu pena ó desgracia les sucede.

que vivas muy alerta, porque, te lo digo con pena, Mercedes no te quiere; te aborrece, y este presentimiento toma creces en mi alma, haciéndome ver en día no lejano desgraciada á la hija más tierna y cariñosa que viera la luz en suelo filipino.

«Ni tú, ni yo, servimos para corregir á esta chica; ella se ríe de nuestros modales y de nuestras costumbres; es posible que su hermano la domine, pero lo dudo.»

Con la venida de los recién casados, parecía que D.ª Lidia había recobrado la salud tan quebrantada, ocupándose ya de los quehaceres domésticos.

Mercedes no hablaba apenas; creía que cuanto había en aquella casa era de su hermano, así que cuando desplegaba sus labios sólo era para zaherir. En las comidas promovía disgustos, no habiendo medio de hacerla tomar nada de lo que se ponía para todos, opinando la familia que comiera sola y que le guisaran á su capricho s comidas de los indígenas.

Parecía que debía estar contenta, as no lo consiguieron.

A cada momento tenía quejas, y al final de todo añadía:

«Si mi hermano se hubiera casado con una mestiza como él, yo estaría mejor.

«¿Qué papel hago yo al lado de esa cuñada? Es muy hermosa, es cierto, yo fea, pero en la lucha veremos quién gana.

«Seré constante en mi propósito, y como ya tiene fama de orgullosa (y no lo es), ésta irá en aumento, y quedaré bien.»

Terminadas las vacaciones, debía Mercedes volver al colegio, donde permanecen las colegialas de beca hasta que toman estado.

La antevíspera de la apertura, desapareció de la casa de su hermano, llevándose con sigilo cuanto creía que era ó debía ser suyo. Al notar la falta de ésta, acudieron á Santa Isabel; pero lejos de encontrarla en tan santo asilo, la hallaron en una casa de ninguna respetabilidad...

Ni halagos, ni promesas, la hiciero cambiar de propósito, antes por el con trario manifestó deseos de que par

nada se ocupasen de ella: «yo, decía, quiero vivir á mi gusto y capricho.

«Claudio se ha casado con una señorita de alta alcurnia, pues yo me casaré con un indio que llevará la camisa por fuera (1), y mal que le pese será el cuñado de esa muñeca.»

En la casa de Mariquina ya no había alegría; esta unión que pareció ser tan providencial, como decía el jesuita Padre Guerrico, era un anticipado infierno; Claudio, lejos de sobreponerse y animar á su joven esposa respecto de los disgustos ocasionados por Mercedes, era el primero en decir que su hermana tenía razón, que él debió haberse ocupado de ella más de lo que lo hizo, entristeciendo con esto á madre é hija, quienes pasaban largas horas pensando en tamaña desgracia.

Mercedes, siempre que la ocasión se presentaba, criticaba y calumniaba á las de La Ensenada; pero como el público se fijaba en la libre conducta de

---

(1) Es costumbre entre los indígenas llevar los 'aldones de la camisa por cima del pantalón, sien-.o de advertir que su forma y calidad hacen que 'o parezca ridículo.

ésta, lejos de oirla la hacían ver su injusticia y mal proceder.

Habiendo fallecido el letrado en cuyo bufete trabajaba Claudio, éste se hizo cargo de todo y dada su reputación muy bien adquirida, la fortuna le entraba por las puertas; una sola pena oscurecía su existencia: su hermana; pero ¿debía por esto martirizar con tan enojoso recuerdo el corazón de su amante esposa? No, y mil veces no.

Doña Lidia iba olvidando á Mercedes, y sólo pensaba en que pronto sería dos veces madre, que un hijo de su Pacita la llenaría de gozo.

El día 2 de Febrero nació un robusto niño, á quien pusieron por nombre Luis María de la Candelaria. Claudio estaba contento, y si bien parecía haberse vuelto algo taciturno por los disgustos, no lo era en realidad: cierto día manifestó á Pacita deseos de hacer un viaje á España, en cuanto ella pudiese y el niño tuviera dos ó tres meses.

—Antes os ocupabais de preparar la linda canastilla para nuestro hijo, y vivíais distraídas; ahora preparaos para ir á Europa en breve plazo.

Doña Lidia rejuvenecía ante las monerías de su nietecito, y no consentía que Pacita se ocupase de él más que para alimentarlo.

Ella quiso ser su nodriza, contra la costumbre de las europeas en Oriente, que casi ninguna cría á sus hijos en aquel clima, donde se pierden las fuerzas fácilmente, pues sabido es que un año de aquellas regiones representa dos ó más de los climas de Occidente por lo aprisa que se acaban las naturalezas aun las más robustas.



XVI.

Epidemia.

En los meses de Febrero y Marzo casi todos los años se extiende por el Archipiélago la terrible plaga de la viruela; pero el año mil ochocientos ochenta fué horrorosa en algunos pueblos de la isla de Luzón.

En Manila cebábase particularmente en los niños, si bien la fatal enfermedad no respetaba edades.

A fines del mes de Marzo se vió atacada la pobre D.ª Lidia, y con tanta fuerza que falleció, dejando en la mayor aflicción á la virtuosa filipina, la gentil Pacita, y su esposo.

¡Cuán pocas caricias recibió de su querido nieto la santa madre de Pacita! Dios la quitó este consuelo, para darle la recompensa á su alma digna y noble, pues, cual ninguna, nobilísima era la suya, y desde el cielo goza en la mansión de los bienaventurados

aquella mujer, fuerte según la frase del Evangelio.

—Sólo á tí tengo en el mundo, Claudio mío; y este tierno ángel que no nos comprende cuando apenas ha llegado á calmar algunas penas, es ya precursor de otra que, para mí, sólo hallará consuelo en la tumba. ¡Pobre madre mía!...

Ambos sintieron en extremo tan irreparable pérdida.

Manila demostró el aprecio que tenía á esta señora, siendo su entierro de los que dejan memoria.

Pacita propuso á su esposo dejar aquella casita, porque en todas partes parecíale ver á la inolvidable autora de sus días, y el llanto no se secaba de sus hermosos ojos.

¿Por qué se ven tan á menudo personas virtuosísimas, sin saber el motivo, rodeadas de desgracias sin cuento? Se dice que Dios lo permite para acrisolar la virtud; y este es un gran lenitivo á los buenos creyentes, que no deja de causar ópimos frutos.

Pacita, sin duda, era uno de estos seres escogidos de Dios en sus inescrutables designios.

Trasladados á Manila, se instalaron en el barrio aristocrático de San Miguel; nada faltaba en aquella casa de cuanto el gusto y el *confort* admiten entre la buena sociedad. Claudio quería que su esposa tuviera dentro de su morada todas las comodidades, pues con la muerte de su suegra desistió, hasta pasar el luto, del viaje á la Península que tanto anhelaba.

Una sorpresa le esperaba á Pacita para el día de su santo, y era que la casa en que habitaban se la regaló Claudio como dote, habiéndola comprado en quince mil pesos.

El niño Luis estaba hermoso, y sus padres, aunque siempre echando de menos á D.ª Lidia, pasaban largas horas entretenidos en referir las gracias de su hijito idolatrado.

¡Cuán lejos estaban de perderle, según sus cálculos!

Los niños de corta edad son atacados en Manila (salvo algunas excepciones) de accidentes de alferecía ó meningitis; algún ataque ligero había tenido el hijo de Pacita, pero no les afectó. El calor se dejaba sentir con esceso y á fuerza

de bañarse y tomar refrescos procuran en aquellos climas mitigarlo; pero ¿los tiernos niños? ¡Ay dolor! los angelitos están expuestos con la fuerza del calor, que los debilita, á muchos males.

Repitióse el accidente en el hermoso niño, y no volvió en sí; su tierna madre gritaba inconsolable, se volvía loca, era la imagen de la desesperación, á nada comparable; Claudio estaba en su bufete, y cuando llegó á su casa sólo halló el cadáver del que pocas horas antes era su mayor dicha y consuelo.

—Buena y sensible Pacita, Dios en sus altos designios permite tu martirio. ¡Cuánta desgracia desde que te has unido á mí!

Aun no tienes dieciseis años, y ¡cuán traspasado está tu corazón de hija y de madre! ¡Cielo santo!...

¿Dónde hallarás consuelo sin tu madre y tu hijo adorado? ¡Sólo en Dios!...

Claudio no puede consolarte; también el infeliz ha recibido rudo golpe.

Los facultativos temieron por la vida de la joven madre: apoderóse de ella una tenaz disentería, que causó serios

temores y aconsejaron á Claudio que la embarcase para España.

Consejo que dan los médicos de aquel país, cuando no quieren adquirir responsabilidad, embarcando mil veces cadáveres para tener que sepultarlos en el fondo del mar á que sean pasto de los peces.

Claudio, contra la opinión de todos, permanecía en Manila, porque decía, y no sin fundamento: «Si se muere, aquí quedarán sus huesos junto á los de sus padres é hijo, y si ella opinara sobre esto diría que no la sacasen de Manila.»

Pero la hora no había sonado en el eterno reloj, así es que de día en día iba mejorando, con el jarabe de Mangostán (1) y el agua de Mariquina.

Ni una vez sola se presentó Mercedes en casa de su hermano ante tanta desgracia; así llegó éste á aborrecerla de tal modo, que tenía prohibido se le hablase de ella.

Hacía tiempo que no la veían, y el

(1) Mangostán, fruta esquisita, semejante á la cabeza de ajo en su forma y que está cubierta con una espesísima corteza imitando á la adormidera; se produce en Mindanao. (*Graciana Mangostana* Sin.)

primer día que Pacita salía en su convalecencia, se encontraron cara á cara con esta víbora, quien al ver que su hermano nada le decía, á todo grito le llamó cobarde y epítetos indignos de esta narración...

A Claudio le hervía la sangre española en las venas, y dijo que no quedaría sin castigo la insolente y vil criatura, que no respetaba ni las enfermedades, ni la muerte de los seres que debieran serle más caros en la tierra.

La conducta de ésta dejaba bastante que desear. Religiosos, amigos y extraños, habían trabajado para atraerla al buen camino, mas todo fué inútil.

Pacita parecía la imagen de la resignación; no estaba menos hermosa con su palidez: hubiérase dicho que su rostro era hecho del espuma de mar ó de alabastro.

¡Qué año tan lleno de amargura, decía la esposa huérfana, el de mi casamiento! pero, aun le quedaba mucho que ver.

Apenas repuesta de su enfermedad, era el día diez y ocho de Julio de mil ochocientos ochenta, á las doce del

medio día, sintióse en aquella ciudad un horrible terremoto; en menos de un minuto quedó Manila reducida á escombros y ruinas; no hubo casa que no se resintiese, viniendo por tierra cuanto por espacio de muchos años se había fabricado: mas no paró aquí; el día veinte del mismo mes, con treinta horas de diferencia, volvió á repetirse el fenómeno, é incansable la naturaleza, sintióse otro por vez tercera. ¡Qué horror!...

¡Espectáculo triste, desolador! ¡El pánico pintado en todos los rostros que semejan cadáveres desenterrados!

Sólo tres meses hacía que D. Fernando Primo de Rivera había tomado posesión de las Islas.

No tuvo suerte este buen señor; entró en Manila el 15 de Abril del mismo año, día en que se declaró un voraz incendio en la Ermita y Paco, precursores éstos de grandes siniestros que habían de tener lugar durante su mando, de donde le vino el sobrenombre de *buisit* (1) á dicho general.

(1) Buisit. Calificativo que dan los indios á la persona ó cosa de mal agüero.

Españoles é indios, no saben qué decir. Jamás se había visto cosa igual (1).

«¡Vamos á perecer! ¡Manila querrá desaparecer del globo terráqueo!» Estas ó parecidas frases se oían por do quiera.

¡Cuantiosas fortunas por el suelo!... Templos, hospitales, casas de beneficencia,... todo sufrió. La ciudad murada parecía un cementerio, estaba desierta; en medio del sepulcral silencio sólo se oye el ruido de algunos carros que conducen de una parte á otra muebles ó víveres, porque nadie quiere permanecer en las casas de mampostería, por lo peligrosas que son en tales casos.

Claudio hacía tan sólo dos meses que era dueño de la casa en que habitaba, y para que en todo fuese desgraciado, la mayor parte de ella se cayó, mas sin que causara desgracias personales.

Pacita estaba muda, apenas abría sus labios; sólo elevaba su corazón á

(1) Según testigos presenciales, el terremoto de 1880 fué más intenso que el habido en 1863. La autora llegó á las islas Filipinas el día 15 de Julio de 1871 en el vapor inglés «Azof» que se perdió en su viaje de regreso á Hong-Kong cerca de Emei.

Dios, y mentalmente le decía: «Señor de infinita bondad, si hemos de morir, que no sea de repente, que recibamos los santos socorros de la religión que profesamos, que no muramos aplastados bajo escombros.»

—Arreglemos, Paz mía, nuestro equipaje, y vámonos fuera de esta atmósfera de aflicción que nos matará sin duda alguna.

Tus bienes y los que yo he ganado, son suficientes para que vivamos con decencia; además, yo no conozco España y me conviene conocerla: el día primero de Agosto te despedirás de tu país, al menos por uno ó más años.

Multitud de familias hacen lo propio, y las compañías navieras de Olano Larrinaga, Marqués de Campo y Mensajerías francesas transportan multitud de pasaje por espacio de seis ú ocho meses en dirección á Europa.

XVII.

Viaje á la Península.

DICHO y hecho, cuanto Claudio ofreció á su esposa supo cumplir; el vapor León XIII, á las ocho de la mañana del primero de Agosto, zarpaba con rumbo á la Península. A pesar de lo mucho que Pacita había cambiado, siempre era aquella joven ilustrada y cuya viva imaginación estaba en todo: no se olvidó de su libro de memorias, de sus cartones preparados, de sus pinceles y caja de pinturas.

Siempre estaba ocupada, y lo que más le agradaba era pintar aquel cielo de purísimo azul, y el sol en su ocaso rodeado de las figuras más extrañas ó que se ven en los trópicos.

Aquellos tintes multicolores de exquisita delicadeza, á pesar de estar en la estación de las lluvias, pues nadie

ignora que en la zona tórrida sólo hay dos estaciones ó monzones: estación seca monzón del Norte, y estación lluviosa monzón del Sudoeste.

Pacita había estudiado la geografía, pero, como nunca había salido de Manila, todo le causaba extrañeza. A la llegada á Singapore no pudo menos de alegrarse viendo aquel extraño paisaje formado por todas las razas asiáticas conocidas, chinos de diferentes provincias, malayos, malabares, parsis, moros de Borneo y joloanos, é indios de todas partes y colores; parece un verdadero carnaval, llevando cada uno su traje peculiar. Todos llevan alguna mercancía. Allí los chinos con objetos de maque del Japón y China, otros con cajas de abanicos de gran valor, y mil baratijas y chucherías para sacar las monedas españolas (que ellos tanto aprecian) á los viajeros. Los malayos llevan loritos, papúas y pequeños monos, conchologías y madréporas. Los malabares con ricas telas de Chanjay, y bordados de las innumerabl fábricas de Cantón, en mantones, c brecamas y almohadones del me

gusto. Los parsis venden zapatillas bordadas y objetos de plata filigranada, y por último, los naturales de la isla, vendiendo las ricas frutas, como el mangostán, la lechía y otras no menos delicadas y desconocidas en Europa.

La población europea es muy bonita; la malaya es como casi todas las de esta raza y de todas las orientales si se exceptúa Manila.

Hay en Singapore una catedral de estilo gótico, de rito protestante, bastante buena, y un magnífico edificio para administración de correos y telégrafos.

Varias pagodas chinas, mezquitas, é innumerables templos de todas esas pobres sectas que pululan por aquel bonito país, dominando el budismo.

Las fondas en general son buenas.

Las religiosas francesas, dichas de San Mauro ó Damas negras, tienen un vastísimo edificio para colegio de niñas, hospicio para ancianos de ambos sexos, y una bonita capilla para el ılto católico.

En aquella santa casa recogen las ıenas religiosas los pobres de todas ; razas y sectas, y con su caridad

conquistan para Dios á los desgracia-
dos idólatras, que por docenas, des-
pués de bien instruidos, reciben el
sacramento del Bautismo para entrar
en la religión católica, apostólica, ro-
mana.

Alguien dirá: ¿y quién sostiene ese
establecimiento en una colonia inglesa
y protestante?

El se sostiene con el espíritu francés
de sus dueñas (1).

Allí se enseña de todo en francés, no
olvidándose del coser, planchar, bor-
dar, cortar y hacer vestidos, sombre-
ros, flores, y, en una palabra, es un
establecimiento industrial y benéfico á
la vez, no faltando el gran bazar inte-
rior donde se encuentra cuanto es ne-
cesario en aquellos climas, pues las
religiosas hacen de todo.

---

(1) Sabido es que los franceses se meten por to-
das partes y buscan siempre los medios de poner
muy levantado el pabellón de su patria, á la que
creen superior á cuantas el globo puebla. Nosotro
lo único que creemos es, que los franceses son as
despreocupados, pues sin conocer el idioma ni co
tumbres de una nación preséntanse hasta para en
señar la lengua que les es desconocida. ¡Qué fran
ceses!

No faltan tampoco establecimientos de educación protestante, china y malaya, aunque al frente de éstos los profesores son ingleses; pero lo que llamó la atención de Claudio y Pacita fué el mal gusto y servicio de las farmacias comparadas con las de Manila (que igualan á las mejores de Europa).

Varios europeos establecidos en Singapore tienen fábricas de frutas extraídas, sobre todo de la piña, tan abundante en todo Sumatra.

De la hoja de la piña, los filipinos tejen la tela á la que dan el mismo nombre, y que en España llamamos ñipis, pero que en Singapore la mezclan con lino del Asia, y tejen el llamado lienzo de Cantón crudo, que tanto se usa en el Asia y Oceanía.

Casi todos los pasajeros saltaron á tierra, y venían cargados de mangostanes, la fruta sin disputa más delicada del mundo, la que sólo existe en dicha isla, en Joló, Mindanao y en los estrechos de Malaca, Borneo y Java.

Así como en nuestras Islas Filipinas abunda el rico árbol del Ilang-Ilang, en Singapore abunda el de la Champaca,

cuyo olor, si no tan delicado como el primero, como éste parece que el Divino Hacedor lo puso en medio de aquellas tierras para que, debido á su corpulencia, embalsamara el ambiente, y purificase del mal olor natural en las razas de color de aquellos países.

Ya se oye el silbido del vapor que indica su partida. Pacita ha pintado en bosquejo la preciosa entrada de dicha Isla, y algunos tipos, tan bien sacados, que son la admiración de sus compañeros de viaje.

Claudio dibuja al lápiz y tiene una colección de tipos por demás graciosos, entre otros, un chino barbero, un parsi cambiando moneda, un vendedor de loritos y una joven indígena que, en pequeño cochecito de dos ruedas, dos chinos miserables (1) le sirven de caballos.

A los ocho días de la primera escala llegaron nuestros viajeros á Ceilán, famosa isla por la canela, los cocos, la

(1) El chino se presta á los más bajos y viles oficios, astuto y traidor, parece insensible á los beneficios, pagando siempre con negra ingratitud.

pimienta y los rubíes y zafiros. Allí se fabrican infinidad de objetos de carey, marfil y ébano.

No se distinguen los hombres de las mujeres en el traje, pues ambos sexos conservan el pelo del mismo modo, peinándose levantado moño sostenido con peinetillas; todos parecen mujeres.

En este pueblo también se hacen ricos encajes, que sus naturales los dan á ínfimo precio, comparados con los de Malta y Cataluña, que son casi iguales, si bien la especialidad de estos isleños es el guipur.

Ceilán prospera muy poco, por ser llamado Colombo á puerto de más importancia y tráfico. En Colombo hay establecidos muchos franceses.

De Ceilán correspondía la siguiente escala en Aden, y á pesar de la distancia de la población al buque, y lo malísimos que son aquellos indígenas, Pacita y su marido saltaron á tierra á fin de ver en detalle países tan extraños que no conocían sino de nombre.

Los ingleses se esmeran en tener un buen edificio para correos y telégrafos;

el de Aden, aunque más sencillo que el de Singapore, es muy bueno y desahogado, teniendo los empleados pabellones para sus familias.

El puerto de los Steamers ofrece un raro golpe de vista; aquellas casas que parecen de cartón, bajo de las montañas áridas, de color gris oscuro, donde jamás nace una hierba, dejan el corazon entristecido. La sequía reina siempre (1).

Ismis es el fuerte así llamado; y de allí se pasa por un puente de valiente construcción, y de un solo ojo, á Mann-Pass, cuyos peñascos son más extraños que los de Ismis.

El panorama de Aden es tristísimo, sus habitantes se dedican á la cría del avestruz; allí se encuentran riquísimas plumas que venden á precios baratos, y son trasportadas á Europa para embellecer los sombreros de las damas.

¡Qué agilidad, en medio del mar, la de aquellos infelices árabes ó malayos!

(1) La autora pasó el 20 de Agosto en direcci á Manila el año 1884 y presenció el fenómeno q hacía veinte años no se había visto, es decir, llo copiosamente.

(pues aún no está definido el origen de éstos); viven á orillas del mar, ó en el mar mismo, y en sus *piraguas* (1), sumamente pequeñas, á lo más pueden moverse dos de ellos. Su traje es el que usaba nuestro padre Adán, fresco en extremo.

Existe otra raza en el mismo Aden, que vive en tierra, de facciones regulares, elevada estatura, cabello rizado en tirabuzones naturales y que lleva pintado el rostro con unas rayas azuladas ó encarnadas hacia la frente, y formando extrañas ojeras: éstos, aunque faltos de todo aseo, van vestidos, cubriendo su cuerpo una larga túnica parecida á camisa mal hecha de mujer, y son los que exclusivamente se dedican á la venta de plumas.

Esta raza se cree superior á la primera descrita ó sea los anfibios (es el nombre que mejor les cuadra). La espesa y fuerte cabellera de todas estas razas y el sofocante calor de la Arabia, hace que se desarrollen con extraordinaria abundancia ciertos asquerosos

(1) Piragua, embarcación muy pequeña.

bichos, y para exterminarlos vense precisados á cubrirse la cabeza con una pasta hecha de cal de ostra, la cual conservan por dos ó tres días; al cabo de este tiempo se lavan bien en el mar, y queda convertida en rubia aquella negra cabellera, formando extraño contraste el color del pelo con el bronceado ó achocolatado de su tez.

Su alimentación es el marisco crudo y arroz guisado con grasa de camello.

Los camellos abundan mucho en aquel país, y montados sobre éstos hacen sus viajes á la Meca y otros puntos.

De la piel de camello se tejen unas telas especiales en la India inglesa, y estos naturales la emplean para la especie de manto que llevan las mujeres.

Habían dicho á Claudio que el palacio de justicia merecía la pena de verse, y como buen abogado, pensó que era lo único que debía visitar. Es este edificio de seria construcción é impropio de Aden. Unido á éste se encuentra la cárcel, de seis cuerpos y en forn de torre.

El Gobernador de esta colonia es

coronel de ejército, y tiene á sus órdenes dos oficiales de marina y dos de infantería. Guarnecen esta plaza un regimiento de línea (ingleses) y otro de indígenas é indo-malayos.

Muchos viajeros desean ver las cisternas que se dice datan de tiempo de los Faraones, mas como la escala es de pocas horas, son raros los que en tan corto tiempo las han podido ver (1).

De Aden á Port-Said la travesía es de siete ú ocho singladuras, tiempo que tardó el León XIII. «¿Sabes que también deseo ver Port-Said? decía Pacita á su esposo; no sé como hay gente que desde Manila á España se queden sin ver tierra, es decir, sin pisarla. ¡Cuántos van como los baúles en la bodega!»

Claro es que Pacita y Claudio se captaron las simpatías de todos, y nada se hacía sin contar con ellos.

---

(1) La autora las visitó en compañía del marino Joaquín de Garralda y del agregado á la lega-ón de España en el Japón, D. Nicolás María Rive-(hijo), el día 2 de Junio de 1871, haciendo viaje long-Kong, en el vapor Le Tigre, de las Mensa-ías francesas.

En aquel viaje hubo de todo. El 20 de Agosto vió la luz en medio del mar, una linda niña hija de un distinguido capitán del cuerpo de artillería.

La niña vino al mundo sin el tiempo necesario, poniendo en peligro la vida de su angelical y joven madre.

Desde el terremoto se alteró la salud de esta señora, á quien conoceremos con el nombre de Pilar; ésta y Pacita simpatizaron mucho, su educación se parecía bastante, y este fué el motivo de que al nacer la niña aceptasen con gusto apadrinarla.

Hubo mil opiniones acerca del nombre que debían ponerle: los unos decían que Estrella del Mar, otros que Aurora; los primeros ganaron, y se le puso en latín *Stella Maris;* el bautizo fué solemne, pero Claudio no pudo ser el padrino por estar mandado que lo sea el capitán que manda la nave, cuando ocurre un caso semejante á bordo.

En la magnífica cámara del León XIII, revestido el Padre Capellán de sobrepelliz y estola, penetró en és' acompañado de dos marineros en tra de gala, que hacían de acólitos.

El capitán y Pacita, acompañados del padre de la niña, y todos los pasajeros de primera, esperaban á éste para la ceremonia.

El pabellón ó bandera española se extendió encima de una larga mesa; con el mayor respeto, y encima de ésta, se colocó una botellita de agua del Jordán, la que con tanta facilidad adquieren los capellanes que hacen la carrera de Filipinas.

Se extendió la fe de bautismo triplicada, y después de felicitar á los padres de la recién nacida, ordenó el capitán se diera un espléndido refresco á todo el pasaje y tripulación para celebrar el natalicio.

La temperatura era demasiado elevada, dejándose sentir un calor que se semejaba á la asfixia...

Pilar sufría mucho metida en aquel camarote, sin poder moverse, débil y lejos de una nodriza para la tierna *Stella*, aumentándose así su padecer.

El médico de á bordo, Pacita y todas as señoras se encargaron de criar aquel angelito, los primeros días con una composición del Doctor, y des-

pués con una cabra de la Arabia, á quien la niña parecía que aceptaba con gusto por nodriza.

Dos personas sostenían al dócil animal, mientras la niña tomaba su alimento; jamás se movía, y parecía comprender la situación de la pobre criaturita.

Llegados al mar Rojo el calor hízose más insufrible; el médico y practicante corrían de un punto á otro asistiendo á todos, pero la desgraciada madre de la niña *Stella* y dos fogoneros europeos perecieron, víctimas de la asfixia.

El buque se puso á media asta en señal de luto ..

El joven capitán de artillería parecía un demente, nadie se atrevía á decirle palabra; su situación era bien triste é inconsolable.

Solo en el mundo, sin padres ni parientes allegados, se casó joven con Pilar Salcedo, á quien amaba con delirio.

Pilar tenía padre y madrastra, á quien nunca quiso, y desde que ca con Antonio de Medellín había corta las relaciones con el autor de sus dí

Una de las cosas que la pobre Pilar hizo que constara en su testamento, fué que jamás la niña *Stella* iría á poder de su madrastra.

¿Qué haré, Dios mío? decía el pobre viudo.

Pacita y Claudio lo comprendieron todo, vieron la triste situación de su amigo, y echándose en los brazos de éste le dijeron:

—Antonio, por Dios, tenga V. valor y no se desconsuele; nosotros acabamos de perder una madre angelical y cariñosa, y á nuestro primer hijo, que era nuestra dicha; no tenemos tampoco parientes ni allegados: V. dice que se ve solo, pues, nada, seamos hermanos, yo cuidaré á mi ahijadita como propia, y no nos separaremos nunca. ¿Verdad?

—Gracias, amigos míos, ustedes son muy buenos los dos, y la oferta que me hacen tan de corazón y desinteresada, la acepto gustoso; gracias, gracias.

—Los hermanos, dijo Claudio, se tu-ın, y permito que tutees á mi esposa, hermana adoptiva.

—*Stella* pierde á su madre sin cono-

cerla, y en su lugar tiene á Pacita, que hará las veces de la desgraciada Pilar, y dos padres, decía Claudio.

—Vuelvo á repetiros que todo lo acepto, porque no es poca suerte la mía, en medio de la desgracia, el haber encontrado dos hermanos tan buenos y tan generosos.

No quiso ser menos el capitán del buque, y cuando supo las ofertas de éstos, le dijo: «Yo, D. Antonio, no soy rico, pero tengo á su disposición una linda casita en Motrico, y una mujer que se volvería loca con la niña, mi ahijadita; ella también ha perdido cuatro hijos, dos niños y dos niñas, y creerá al ver ésta que Dios le envía una de las suyas.

La Providencia ha puesto de por medio, para que consolemos á V., seres que también han tenido cruces que llevar en la pérdida de seres queridos, como son los señores de Ruiz y este servidor de V. y leal compadre.

Antonio no hablaba, lloraba como un niño.

—No merezco tanto, capitán; ustedes me llenan de consuelo, y mi po

Pilar, que está en el cielo, pedirá á Dios por nosotros todos; debe estar contenta de los padrinos de su hijita.

La niña sigue bien, Pacita la da el título de hija, y Claudio, Antonio y ésta se disputan el tenerla.

Con el nacimiento de la niña se guardaron pinceles, se cerró el piano, y todas las tardes los pasajeros rezaban el rosario con el Padre Capellán, por las almas de Pilar Salcedo y de los pobres fogoneros fallecidos.

Antes de entrar en el canal de Suez, y al final (ó á la entrada yendo de Europa) está la fuente llamada de Moisés, rodeada de inmensas palmeras, cuyos dátiles venden los árabes en Port-Said y Suez.

La entrada en el canal, viniendo de Oriente, produce mejor efecto.

Infinidad de árabes con pequeñas redes, puestas en un grueso junco circular, pescan el nunca bastante ponderado pescado del canal, finísimo y de sabor exquisito, tan bueno como el del mar Cantábrico.

Delante del León XIII hay dos vapores, que esperan paso para el canal;

por consiguiente, nuestro vapor tardará veinticuatro horas en llegar á Port-Said.

La antigua ciudad de Suez está en frente y no la perderemos de vista en muchas horas.

El canal, antes de entrar en los lagos amargos, hace una inmensa curva llamada Chaluf.

La extensión de estos lagos es muy grande; si no viéramos las estaciones, los palos del telégrafo y las dragas por todas partes, creeríamos haber entrado en el Océano.

El Jedive de Egipto posee un bonito palacio de un solo piso y arquitectura moderna, levantado en la vía del canal.

Una de las estaciones más bonitas es la del lago Timsak. También en ese lago la pesca es abundante.

Infinidad de caravanas vienen por la parte de Ismailia ó sus alrededores; casi todos son mercaderes de frutas y objetos de Tierra Santa: otros van por la vía de Kantara, camino de Je: salén.

Port-Said ofrece de pocos años á e

parte la perspectiva de una población europea. Magníficas casas, buenos hoteles, y un sinnúmero de bazares pequeños, donde el viajero encuentra recuerdos de todos los países por donde ha pasado, desde Oriente á Occidente; pero lo que más se ve en este pueblo son los recuerdos de Tierra Santa.

Rosarios, cruces, medallas, frascos con agua del Jordán y vistas de procedencia jerosolimitana.

Los árabes y turcos, hablando nuestro idioma y diciendo que son españoles, traen al buque infinidad de objetos piadosos y de arte, difíciles de enumerar.

Pacita, con Claudio y Antonio, saltó á tierra, visitó el convento de Padres Franciscanos, y la llamada plaza de Lesseps.

Vieron una mezquita y algunos establecimientos donde adquirieron vistas de Jerusalén, Alejandría, Cairo y Egip-[illegible], sacadas con perfección.

Lo que más chocó á Pacita fueron [illegible]s mujeres.

—¿Iría así la Virgen?—decía ésta.

—Es de suponer, le contesta Claudio. Llevan todas el manto azul en la cabeza cubriéndolas hasta los pies, la cara tapada, y sobre la nariz una argolla de latón, de una pulgada y media de longitud, semejante á un alfiletero, da acceso á una abertura para poder mirar.

—Ya nos falta poco para llegar al país de nuestros padres, á esa España que me han enseñado á amar desde mi más tierna infancia, decia Pacita.

¡Mamá querida de mi alma! ¡Si tú vivieras, mi gozo sería completo! Nos enseñarías con aquel cariño que sólo en tí he visto, tantos monumentos como me referías en otros tiempos, y aun hace muy pocos meses.

¡Manila, qué lejos estoy de ti! Allí se meció mi cuna, á la sombra de verdes platanares y olorosas sampaguitas; allí elevé á Dios, en el regazo de mi madre adorada, la primera plegaria; allí, en la edad de la razón, recibí el Pan de los Angeles; allí me uní co[n] indisoluble lazo á Claudio mi espos[o;] allí nació el hijo de mis entrañas, aq[uel] querubín que Dios ha querido para [sí]

y por último, allí yacen los tres seres por quienes mi alma suspira: ¡mi padre! ¡mi madre! ¡mi hijo!...

La que así se expresa es Pacita, que tanto deseaba conocer á España, pero que ahora sólo por ver su casita de Mariquina, renunciaría gustosa su ida á la Península...

—Cerca estamos de España, hija mía, dice Claudio, esas costas que se ven son las Baleares.

Pacita llora: recuerdos tristes vienen siempre á su sensible corazón.

Un secreto presentimiento parece que le anuncia nuevas desgracias.

Era muy temprano, á la hora del baldeo, cuando todos los pasajeros ya estaban en cubierta para saludar á la madre patria; un pajarito viene de las Islas á traer la bienvenida, todos le quieren coger, y como si la avecilla conociera el deseo de la virtuosa Pacita, se posó sobre la cabeza de ésta, que inmóvil permanecía para no perder la compañía de tan amable huésped.

—Ese es el primer español, señora, dicen todos, que con sus trinos manifiesta á V. que es grande su alegría

al encontrar una criatura tan digna de consideración y aprecio.

—Me van Vdes. á volver orgullosa, porque, según veo, es ya una costumbre tal, la que tienen de ponderarme, que por más que yo haga diablos, para Vdes. son santos.



XVIII.

Llegada á Barcelona.

Por momentos esperan ver la condal ciudad, la industrial Barcelona, con sus torres y monumentos, magníficos edificios y grandiosos templos.

—Barcelona, señores, dice el sobrecargo que es catalán, la segunda capital de España, la provincia más poblada del reino, la más fabril, y aunque nuestro carácter es serio y algo adusto, la más hospitalaria de la Península.

—Bien, señor catalán; así me gusta, que se tenga algún recuerdo para su país, eso me place.

El capitán les dijo que efectivamente lo que decía el sobrecargo era cierto, que lo único que le disgustaba de Cataña era el que estos catalanes antes di- n que *soy catalán* que *español*, y de las demás provincias, sin ex-

cepción ninguna, cifran su orgullo en decir *soy español*, y luego indican la provincia de donde proceden.

—Déjese V. de cosas, añadió el sobrecargo; en las ocasiones de angustia y necesidades de la patria siempre llevamos la delantera, lo demás poco vale, amigo mío.

Instalados en una de las mejores fondas en que abunda Barcelona, permanecieron un mes, á fin de ver cuanto de notable encierra la ciudad de los Berengueres. Templos, hospitales, Universidad, Seminario, Audiencia, Ayuntamiento, Diputacion y todos los edificios notables, cementerios, Parque, teatros y cafés, pueblecitos de los alrededores, todo quiso verlo Pacita, sin olvidarse de algunas fábricas notables, como la *España Industrial*, y la de loza y cristalería de Badalona.

Ella, tan entusiasta por las bellas artes, visitó los talleres de estatuaria y estudios de varios pintores de fama.

Tuvo la suerte de oir al incompara-ble Sarasate tocando su violín, y asistió á algunos conciertos, pues aunq llevaba luto, nadie la conocía en Españ

Antonio, á fin de estar con sus hermanos adoptivos y su tierna hija, pidió una licencia de seis meses, que le fué concedida sin demora.

Al llegar á Barcelona, lo primero que hicieron fué buscar nodriza para la niña, y como caída del cielo, se les proporcionó una robusta muchacha oriunda del Vallés, quien al oir la relación de la desgracia que había cabido á la niña exclamaba:

—¡Pobreta y que es maca! ¿Cóm se diu?

—*Stella.*

—¿*Tela*? ¡Tan bonica com es la nena y un nom tant lletg!...

Antonio era el intérprete, pues comprendía el catalán por haber permanecido en dicha ciudad algunos meses cuando salió del colegio de Segovia.

Los médicos aconsejaron á Claudio que no habitasen clima frío, y que en Andalucía ó Valencia pasasen el invierno; en efecto, eligieron Valencia, porque allí también tocaban los vapores á su regreso de Manila. Cádiz les parecía demasiado lejos.

En la ciudad del Turia se instalaron en una bonita casa del ensanche.

Ya iban á terminarse los meses de licencia de Antonio, y pensaron ir á Madrid por la primavera; la niña estaba hermosísima, y la catalana, su nodriza, desconocida: habla el castellano, y es la distracción de esta pacífica familia.

Llegaron á Madrid el día 24 de Abril, tomaron un piso principal en la calle de la Cruz, y siempre que salían empleaban el tiempo visitando cuanto de notable encierra la corte de España; no olvidándose del sin igual Museo de Pinturas, en el que pasaban largas horas ambos esposos.

Los paseos, con tanto esmero y gusto cuidados, llamaban la atención de Pacita, que se acordaba del abandono en que yace el llamado de Magallanes en Manila.

Vió una gran parada á S. M. el Rey D. Alfonso, y Madrid por dentro y por fuera. Ver las poblaciones por dentro llamaba Pacita las casas de la desgracia, hospitales, inclusas, cárceles y todos los análogos. Madrid por fuera, día de corridas de toros, de carrera de saraos en los palacios de la nobleza

y mil diversiones en que no piensa ni puede pensar *el Madrid por dentro*.

¡Qué diez y siete años los tuyos, Pacita: tu vista y tu corazón siempre están fijos en la desgracia!

Claudio quería que se quitara el luto y así lo hizo. El 15 de Mayo fué á visitar la ermita del Santo Patrón de la villa del oso y del madroño. En los diez meses que llevaba en España se había puesto hermosísima al cambiar el color tostado del viaje. Claudio notaba que se fijaban en ella.

Antonio había sido destinado á Bilbao, mas como sus hermanos no quieren dejarle partir solo, la casa está como en día de viaje.

El 1.° de Julio ha de tomar posesión de su cargo.

Antonio conocía el Norte de España; siendo niño, fué su padre Gobernador civil de Vitoria y Bilbao, á cuyas poblaciones profesaba tierno afecto.

Pacita está enamorada de Bilbao; la ·nte es muy ilustrada y amable, ı general; no se oye, como en otras ›blaciones de la Península, ese len-

guaje grosero que usan los trajinantes de Barcelona, Valencia y Madrid.

Al amanecer del día 7 de Julio, se siente ruido proporcionado por el ir y venir de gente cual si fueran las ocho de la mañana.

¿Qué ocurrirá? dice Pacita.

Algo debe suceder. La casa daba á la iglesia de los Santos Juanes, propiedad en otro tiempo de la Compañía de Jesús, y á la llamada Ronda, que hacía esquina al portal de Zamudio.

Asomóse Claudio al mirador y la dice: «Hija mía, son dovotos que van á la iglesia, y también que sin duda debe celebrarse algún Santo Patrono.—Julio 7, dice mirando al almanaque, San Fermín, patrón de Pamplona; ¿quizá lo sea también de aquí?

No tardaron en saber que en aquel día daba comienzo la solemne novena que mañana y tarde dedican á la Virgen del Carmen los innumerables cofrades que encierra la invicta y devota villa.

Allí pasaron el verano entretenid en hacer giras á las Arenas, Algor Portugalete y Santurce, que tan a

mados están en los meses de Julio, Agosto y Septiembre.

Pacita, á pesar de lo bien que se encuentra, no cesa de rogar á su esposo la lleve á su país natal, á Manila; Claudio se lo promete para tan pronto como la niña *Stella* esté criada: «Puedes irte preparando, porque antes de que entre el frío, ó volvemos á Valencia, ó partimos hacia Manila.

Dice Antonio que me conseguirá una de las plazas de magistrado que están vacantes; el haber tenido bufete acreditado me pone en el caso de obtenerla.»

—Mira, déjate de puestos oficiales, que traen mil compromisos; yo estaba muy contenta con tu bufete, nada nos faltaba. ¿A qué mas?

—Pero si Antonio lo consigue, ¿no te parece bien?

—¿Y él ya tiene segura su marcha?

—Sí, Paz mía, toma esta carta del Director general de Artillería.

—¡Caramba, chico, cómo aprecian á Antonio todos sus jefes!

—Él se lo merece todo.

—Dices bien, nuestro hermano tiene todas las buenas cualidades; yo me creo

muy honrada dedicándole amor fraternal. Dios quiera que ambos salgáis bien; por mi parte estoy pronta á partir cuando quieras. ¡Deseo tanto ver Manila!

Si no fuera por vosotros que me distraéis, yo en España me aburriría: ya ves, no hago visitas; de la iglesia á casa, á paseo los tres juntos, nada echo de menos estando á vuestro lado, me mimáis como á una niña; mas para mí, hijo mío, no hay otro Manila.

—Bueno, mujer, ya iremos á nuestra tierra, y allí dirás que quieres volver á España. ¿No es eso?

—No, ya mis deseos están cumplidos; ahora sólo anhelo...

—Todo lo tendrás; Dios oye á los buenos, y tú lo eres, lo cual me hace creer que no debes preocuparte. Mándate hacer lindos trajes, y los lucirás en las próximas carreras de caballos de Manila: no andes con economías, ¿oyes?

—¡Me gusta tanto ir sencilla! pero á la moda, eso sí; en lugar de un vesti de encaje como tú quieres, hacérme degranadina, que sobre viso de co!

estará lindísimo, ¿te parece? Verás que *mona* se pondrá tu Pacita.

—Por lo menos, decía Claudio, quiero que te hagas tres trajes.

Y Antonio añadio:

—Otro por mí y son cuatro; éste te lo compraré á mi gusto y será tan rico como lo encuentre.

—Creo que estando ya al final del otoño, y con la resolución de irnos á Filipinas, debemos trasladarnos á Barcelona ó Valencia.

—A Barcelona, asintió Antonio. De un día á otro viene tu credencial; yo estoy de más en España, ya lo veis. El 1.° de Noviembre nos embarcamos, y por mi parte os aseguro no separarme de vosotros jamás.

—¿Y si te casas?

—Si encuentro una mujer como tú ó como mi pobre Pilar, entonces sí; de lo contrario, bien estoy así: si os dejara, sería un ingrato.

—Pero, Antonio, la niña es mía.

—Sí, hija, ¿no ha de serlo?

—Y mía, repitió Claudio.

—¿Y mía es algo? ¿Queréis que tenga parte?

—Es de los tres, y sobre todo de Pacita, su tierna madre.

La niña *Stella* tenía una cháchara encantadora, y era el vivo retrato de su padre, morenita, pero muy graciosa é inteligente.

Cuando llegaron á Barcelona supieron que el cólera estaba en Joló, pero no les impresionó la noticia. Decían éstos: Entre el indígena siempre existe el cólera, es endémico, y nunca hemos visto nada grave.

Antes de marcharse hizo celebrar Antonio un funeral solemne por el alma de la infeliz Pilar, en el célebre templo de Santa María del Mar, con pompa inusitada.

—Ya no puedo darle otra cosa más que las preces de la Iglesia y las mías. ¿Qué habrá sido de su cuerpo? ¡Pobre Pilar mía! Creo que me faltará el valor cuando pasemos por el mar Rojo. ¡Devorada por los peces mi Pilar querida!!! tan buena y tan cariñosa; no conocía más voluntad que la mía, por eso se embarcó para complacerme. . . .
. . . .

XIX.

Regreso á Manila.

El día de Todos los Santos salían del puerto de Barcelona.

No hablaremos de las escalas, que ya conocemos, bastándonos saber que el pasaje era muy bueno; entre ellos iba ùna misión de jóvenes religiosos Agustinos, llenos de fe y ardiente celo de salvar almas para Dios y aumentar súbditos para España.

Daba gusto oirlos tan instruidos en todos los ramos del saber humano; notables artistas, buenos poetas y literatos profundos, dignos compañeros del ilustrísimo Padre Cámara, hacían que el buque, fuera de las horas de rezo que la Regla les imponía, se convirtiera en flotante ateneo.

¡Qué gratos días pasados oyendo di-

sertar á los sabios hijos del grande Agustino!

Pacita, Claudio y Antonio intimaron mucho con ellos, la primera sobre todo con los artistas, de quienes aprendió algunas piezas notables y sentimentales.

El viaje se pasó en la mayor harmonía, Pacita tomaba parte ora en la música, ora en el canto, y aquel buque dichoso parecía un edén.

Así llegaba el vapor «Barcelona» á las playas filipinas; el capitán, verdadero hijo del mar, estaba entusiasmado, si bien, como él decía, Dios me proteje. Sus viajes eran siempre los más breves; complaciente con todos, jamás nadie exhaló una queja hacia él dirigida. Hacíase respetar, porque él respetaba á todos, y sobre todo, como tenía fama muy bien adquirida de su pericia en el mar, más que cariño era veneración la que le demostró todo el pasaje, desde que se vieron en algún peligro en el siempre temible cabo Guardafuí, en el mar de la China y ante la isla del Corregidor, donde hubo una pequeña avería en la máquina.

En Manila, aunque medio destruida su casa de San Miguel, la dejó Claudio á cargo de escribientes de su confianza que trabajaban en el bufete.

Todo lo encontró perfectamente arreglado y dispuesto con el gusto que éstos conocían agradaba á la señorita Paz.

El destino de Magistrado que Claudio venía á ocupar, produjo buen efecto en Manila, y particularmente en la Audiencia; pero como nunca faltan enemigos, formóse un expediente haciendo ver al Gobierno de S. M. que, siendo filipinos Claudio y su esposa, era este puesto incompatible, cambiando su destino por el de Consejero de Administración, que á la vez le permitía tener abierto su bufete.

Eran dichosos, la fortuna les sonreía, Pacita sería en breve madre y este acontecimiento llenábala de júbilo.

Una mañana que Antonio volvía del cuartel, después de haber hecho guardia les dijo:

—No hay que asustarse por lo que voy á decir, pero sí tomemos todos las precauciones posibles. El cólera está

en Manila y hoy será declarado oficialmente; esta noche en los cuarteles del Rey ,Malate y Parián han habido treinta defunciones, casi todos indios; sólo dos españoles han fallecido, y uno de ellos hacía tiempo que padecía de disentería.

Claudio sonó el timbre y llamó á todos los criados.

—Orden, les dijo; el cólera está en la ciudad y arrabales, ataca particularmente á vosotros y á los chinos: cuidado con lo que coméis, que el cocinero enseñe todos los días á la señorita lo que compra para vosotros, y fumigad vuestras habitaciones y vuestros cuerpos.

De día en día la mortandad aumentaba.

A fin de Enero dió á luz Pacita una robusta niña á quien pusieron por nombre Lidia, como su abuela.

Repuesta ya Pacita, el día que acompañada de su esposo venía de presentar á su hija en la iglesia, encontraron al pobre Antonio en cama y atacado de la terrible epidemia.

Pacita, llena de terror, exclamaba:

—¡Nosotros estamos destinados á no salir de penas! yo tengo la culpa: en España estábamos tan bien, y no he cesado de mortificaros con la exigencia de que deseaba volver á Manila, á este país tan desgraciado que ya no le faltaba más, después del terremoto, que una epidemia colérica.

¡Antonio, hermano mío! Tranquilízate, no te amilanes, y te pondrás bueno en breve.

Yo espero que la Virgen de Antipolo hará que no sea nada. Piensa en la niña *Stella,* tu querida hija, haz por sudar y verás como todo va bien.

No estás solo, cuanto hay en casa, tuyo es, y para cuidarte: han ido á buscar dos médicos para que no te dejen, y nos tienes á tus hermanos que no te abandonaremos un instante.

—¡Pacita de mi vida! ¡Angel tutelar de mi hija, querida hermana adoptiva! Retírate, no sea que te contagies. Con Claudio y los criados tengo bastante.

—Ya sé lo que tú harías por mí y por mi mujer, así es que me tendrás á tu lado interín estés enfermo, repuso Claudio.

Los facultativos dijeron á éste que el atacado moriría, por ser un caso de los llamados fulminantes, para los que la ciencia aún no ha encontrado solución favorable.

Pidió Antonio los santos sacramentos, que recibió con el mayor fervor, y testó dejando á su hija lo poco que tenía, y al faltar ésta, á sus tutores y padres adoptivos.

El desconsuelo de Pacita y Claudio rayaba en locura; se querían más que hermanos naturales, y por momentos perdían al bueno y cariñoso Antonio, á quien adoraban.

El cuadro que en aquella habitación se presentaba era imponente. Pacita, pálida como un cadáver, de rodillas, con el cabello tendido y en desorden, teniendo entre sus manos las del pobre enfermo, le rogaba diera el último beso á su querida hija á quien ya no vería más...

Extremecíase la pobre niña al ver el cadavérico rostro de su padre, y decía: «que no era su papá Antonio.»

—¡Sí, alma mía! le repetía Pacita bésale, que el infeliz sufre mucho, y

á dejarnos, y ¿quién sabe si también nosotros te dejaremos, ángel de nuestra común dicha?

Espiró Antonio, y de orden superior se quemaron cuantos objetos pertenecieron al difunto, y en aquel mismo día se trasladó aquella tan probada familia á su antigua casita de Mariquina.

¿Qué fuerza misteriosa te persigue, angelical Pacita, que apenas quieres olvidar una desgracia te acontece otra mayor?

Dios te quiere probar por la tribulación. *Los justos entrarán en el reino de los cielos, de ellos será la bienaventuranza eterna*, y en ti, buena Pacita, se ve que estás llamada á ocupar uno de aquellos sitios más elevados en la gloria, en ese lugar donde no se conocen las penas, y que fué abierta á los mortales por el Dios-Hombre. Ten valor, que áun no has apurado hasta las heces el cáliz de la amargura.

El entrañable cariño que estos esposos tenían al desgraciado Antonio, hizo que se contagiasen Claudio y dos criados, por no haber evitado el contacto del colérico.

Hasta la niña *Stella* fué presa de los calambres y vómitos, síntoma inequívoco de tan terrible enfermedad...

—¡Virgen sagrada de Antipolo, mi excelsa Patrona y Madre querida! Miradme, Señora, postrada á vuestras divinas plantas. Os pido la salud para mi esposo y la tierna huerfanita, mi hija adoptiva. Conservadme estos dos seres á quienes amo con todas las potencias de mi alma.

Llevadnos, Señora, si os place los bienes de fortuna, mas conservadme á Claudio...



XX.

Muerte de Claudio Ruiz.

Era su destino; pocas horas vivió el pobre Claudio en aquella casita que tantos recuerdos tenía para nuestra filipina. Aquel joven tan enérgico, aquel abogado que por su talento y rectitud tenía el aprecio de todo el mundo, había dejado de existir.

La tierna esposa, cuyo corazón sensible no nos es desconocido, ha experimentado la mayor de las aflicciones; aquella criatura parecía destinada á vivir sufriendo.

¡Cuánto había padecido la infeliz Pacita en tres años escasos de matrimonio!

Al ver la rapidez de la muerte de Claudio, prohibieron á ésta que lo viese.

Hacía apenas un mes que diera á

luz, y temían más por ella que por nadie.

Pacita deliraba ; la horrible calentura perniciosa se apoderó de todo su cuerpo, imponiendo tanto cuidado á los facultativos como el mismo cólera.

Supo que Claudio había fallecido y perdió la razón.

El cadáver de Claudio hacía cinco días que reposaba en el cementerio el sueño de la muerte, y áun Pacita no coordinaba las ideas.

La niña *Stella* en poder de criados, sin dueña á quien respetar, no la atendían como era debido, la desgraciada criaturita llamaba á gritos á su madre y á sus papás Antonio y Claudio. ¡Cuán lejos estaba de comprender su desdicha!

Las virtuosas Hermanas de la Caridad, españolas, tomaron posesión de la casa de Pacita, y trabajaron cuanto estaba de su parte por salvar á la inocente niña, y devolver la razón á la virtuosa y nunca bastante bien ponderada filipina.

Salvóse la pequeña del cólera, pe en la convalecencia fué acometida

una fiebre palúdica, y en cuatro días de enfermedad dejó la vida, y su alma de ángel voló á las mansiones eternas, mientras que la materia ocupó un sitio en el mismo nicho donde yacía su padre, Antonio de Medellín.

La historia de esta casa se tenía oculta, para no amedrentar al vecindario.

Un mes justo hacía que Pacita había perdido el juicio, mas los médicos esperaban, tenían casi la seguridad de que las potencias de aquella alma dolorida se anormalizarían.

¡En qué tiempo vino al mundo la pequeñita Lidia!...

—¡Huérfana de padre al mes de nacida, y sin juicio la que le dió el sér! ¿Háse visto mayor desdicha?

Pacita no se acordaba de ésta; sus palabras sólo fueron: —Claudio, Antonio, *Stella*. ¿Dónde estáis? ¿Por qué habéis desaparecido de mi lado?..

¡Me los han robado!... ¿Dónde están? Los han separado de mí, que nada [illegible]s he hecho;—y caía le cabeza inclina[illegible]a sobre el pecho, en profundo silencio [illegible] aparente meditación. ¡Infeliz Pacita!

El venerable Jesuita Padre Guerrico, que tanto apreciaba á Pacita y conocía todas sus desgracias, tuvo deseos de verla, y como su locura á nadie dañaba, fué admitido.

Al verle, la pobre loca lo reconoció, y puesta de hinojos en ademán suplicante, le dijo:

—Padre mío: ¿Por qué me han quitado á Claudio? ¿No soy buena para estar á su lado? Y Antonio, ¿dónde está? ¿Soy mala, acaso, Padre?

—No, hija de mi alma, eres un ángel, por eso mismo Dios Nuestro Señor te prueba; pero tienes una hija que será tu consuelo y algún día tu apoyo.

—Ya, decía la loca, ¿*Stella* que también me la han robado? ¡Pobrecita mía! ¡Cómo he de vivir sin ellos! ¡Dios santo!

Apenas terminó aquella frase, cogiéndose la frente con ambas manos, les manifestó que dentro de su cabeza había un ruido infernal; llamaron á los médicos, y estos opinaron ser bueno aquel síntoma; que el pulso se regul[illegible]rizaba, siendo su curación quizá cue[illegible]tión de momentos.

Si vuelve en sí, procuren ustedes hablarle de Claudio y de los seres queridos que echa de menos; y como es muy piadosa, en este terreno el reverendo Padre se encargará de hacerla ver la realidad por medio de los sentimientos religiosos.

Pacita miró en su derredor, y viendo á las Hermanas, les preguntó qué deseaban, que ignoraba cual fuese el motivo de verlas allí.

Entonces el anciano Padre Guerrico, lleno de aquella caridad y dulzura tan notorias en él, le manifestó que viendo sus desgracias y la soledad en que Dios la había colocado en tan corto tiempo, é incapaz por la enfermedad que la había aquejado de atender á su casa, rogó á la Superiora que en nombre de esa caridad santa de quien se llaman hermanas, mandara á su lado para que la asistiesen las que ves ahí, porque también tú nos has inspirado serios temores, hija mía.

—¡Ay, Padre mío! ¿y qué de extraño tiene, habiendo perdido á mi Cladio y al buen Antonio?

Sé que de mí se apoderó la calentu-

ra; y que la he tenido muchos días. ¿Verdad?

¿Y á mi pobrecita niña le cupo la misma suerte?

—Desgraciadamente sí, buena Pacita; pero tienes otra, tu pequeña Lidia.

—¡No me acordaba de ella, Padre! ¿Dónde está? Que me la traigan á mi huerfanita.

—La tienen en compañía del ama que la cría, en el colegio de la Concordia, estas buenas Hermanas.

Estabas tan delicada é incapacitada de ocuparte de ella, que creímos que el mejor sitio para la niña, era aquel asilo (1); allí los aires son puros, el edificio inmejorable, y las Hermanas, cariñosas y buenas, ya las conoces.

—¡Cuánto las debo! Sí, yo veré con mi agradecimiento de pagarles á ustedes, porque estas obras no tienen precio.

En Manila no se hablaba de otra cosa que de la situación de esta joven señora, por quien todo el mundo se intere-

(1) El colegio de la Concordia, propiedad de hermanas de la Caridad, está situado en Santa A[illegible] pueblecito que dista media hora de la capital.

saba, particularmente desde que se le declaró la locura.

Como se ve, aquel cerebro ya regía en estado normal, y de esperar era se repusiera del todo la interesante filipina.

Acompañada de una Hermana de la Caridad, del ama y la niñita, pasó Pacita á Hong-Kong para acabar de reponerse y distraerla, que era lo que necesitaba la joven viuda para curar las llagas de su corazón herido.

Cuantos españoles tenían relaciones en la vecina colonia inglesa, avisaban á sus corresponsales á fin de que á esta señora nada le faltase, y se la prodigaran toda clase de atenciones. Así lo hicieron los ingleses. Autoridades y particulares de posición, todos acudieron á saludar á Pacita en la ciudad anglo-china.

Dábanse comidas y giras campestres y por el mar en su honor; eran las únicas distracciones que aceptaba la joven viuda.

Los ingleses no hablaban más que de la bella y virtuosa filipina, cuya hermosura cautivaba los corazones de todos.

A los quince días ya quería volver Pacita á su inolvidable Manila, pero la hermana Sor Elena se oponía diciendo, que tenía orden de estar por lo menos dos meses, y conducirla buena y alegre á su país.

De Hong-Kong pasaron á Macao, colonia portuguesa, y el país de los buenos cocineros de Oriente.

No quedaron detrás de los ingleses los finchados portugueses, en prodigar atenciones á Pacita.

Como país católico, el primero que pasó á verla, acompañado de varios sacerdotes, fué el señor Obispo de la colonia, que á pesar de cuanto había oído de la instrucción sólida y brillante de la viuda, quedó admirado.

Los portugueses, acompañados de sus señoras, presentábanse enlutados á dar el pésame por tanta desgracia á la bella dama.

Macao no le gustó tanto á Pacita como Hong-Kong, no porque la población fuese mejor ó peor, sino porque e la primera había un gran número c españoles, que todos los días la ofre cían sus respetos, y entre éstos contáb.

se la galante oficialidad del aviso «Marqués del Duero», que con frecuencia iba á ponerse á los pies de esta dama tan distinguida como desgraciada.

—Estando en país extranjero, no vivo á gusto más que entre los españoles, Sor Elena, ¿y á V. no le acontece lo propio? decía la viudita.

—¡Señora de mi alma! dijo la religiosa; nosotras tenemos obligación de estar contentas en todas partes, allí donde la obediencia nos manda.

—Los ingleses son muy finos, es verdad, mas para ciertos actos, demasiado ceremoniosos y exagerados, hasta llegar al ridículo, ¿verdad, Sor Elena?

Nada, para mí no encuentro el término medio más que entre los españoles de buena sociedad.

¿Qué dice V. á esto, hermanita de mi alma?

Sor Elena pertenecía á una distinguida familia de Navarra: así es que bien podía dar su opinión en asuntos de cortesía.

—Por mi parte, D.ª Pacita, á pesar de los años de religión que llevo, le diré, que en todos los países la buena so-

ciedad tiene exigencias que hoy, ya religiosa, las encuentro tontas. Usted no puede pensar como yo, sino como se piensa en el siglo, y seguir hasta cierto punto la tirana moda.

¿Por qué se han de presentar las señoras inglesas tan descotadas á la mesa?

—Bien, precisamente esto era lo que yo pensaba decir á V., repuso Pacita; en España y en Francia, á las comidas de etiqueta pueden ir las señoras de cuerpo alto, mangas hasta el codo y más ó menos adornadas; la cabeza bien peinada, con flores, joyas ó plumas, pero ya V. lo ha visto, que sólo la señora de nuestro cónsul español y su servidora íbamos así; yo, sencilla, con duelo en el corazón y en toda mi persona.

¡Qué gorros aquellos de las señoras inglesas! ¡Ave María Purísima! Parecían acabar de levantarse del lecho; con aquel tocado, más bien que en traje de comida oficial, semejaban novias sin gusto.

En una de estas casas de la high-lif hong-konense, manifestaron á Pacita

que una señorita de entre sus relaciones hablaba algo el español, y que tendrían el gusto de presentársela á la mayor brevedad.

Agradeció en extremo nuestra española filipina la atención de los amables dueños de la casa, que le proporcionaban en país extranjero una distinguida dama con quien tuviera el placer de hablar su propio idioma.

No tardó mucho en aparecer la extraña Lady en los salones de los señores de Key.

Rayaba ésta en los cincuenta, alta, flaca y de apergaminado rostro, ojos verdosos sumamente pequeños, su peluca rubia le caía en tirabuzones á ambos lados del rostro, á lo *Marie Antoinette*.

Su vestido, de un riquísimo chaconá con ramos de flores y fondo blanco, era precioso para una jovencita, un cinturon de rica cinta hecha exprofeso para aquel traje, con un gran lazo detrás sin ninguna gracia, un colosal miriñaque que jamás se quitaba aun cuando la moda fuese de ir muy escurrida (á lo *Miss-Spring*, habitante en Manila), y para

coronar este tipo extraño, un sombrero capota, de paja de Italia, con más flores, que pródiga nos da la primavera, completaban su rico y ridículo atavío.

Atado á la muñeca llevaba el cordón que sujetaba un diminuto perro bul-dog, á quien profesaba tierno afecto.

Los señores de Key manifestaron á Pacita que la dama que acababa de presentarse era la que horas antes le habían anunciado como conocedora del rico idioma de los hijos del Cid.

Dirigiéndose á la ya descrita Lady, nuestra heroína, la gentil cuanto desgraciada Pacita, llena de finura y de esa gracia especial de las españolas bien educadas, enumeró uno por uno los obsequios recibidos de la sociedad inglesa en Hong-Kong, añadiendo que no se borrarían nunca de su memoria, que sólo esperaba la ocasión de poder recompensar, aunque en pequeño, si querían visitar á Manila, donde á no dudarlo, saldrían complacidos, porque el carácter de mis paisanos es jovial, y cuanto á mí, aunque llena de pesadumbre, pondría todos los medios de hacer agradable la estancia en Filipinas á los

amables ingleses que tanto extreman por complacerme.

Nuestra inglesa, en todo extraña, se callaba, y á las claras dejó ver, que no había entendido ni una jota de cuanto dijo Pacita; pero, ¿quién podía imaginarse lo que ella sabía?...

Con aflautada voz, y sin venir á cuento, salió con este que llamaremos lema: *Los camiños están susios; las pootates son pódridas.»*

Todo esto sabía la aristocrática Lady, y á duras penas, Sor Elena y Pacita pudieron reprimir la risa. Aquello era sublime; en España no se hubiera podido encontrar un tipo semejante por mucho que se hubiera buscado.

Explicó la buena inglesa como en su infancia había aprendido aquellas frases; que en el colegio conoció una niña española, y que ésta la enseñó algunas palabras, entre otras las antedichas.

—Bien aprovechado, decía Sor Elena, que parecía la tentación de Pacita; ya sabe usted algo el español, le dijo la simpática religiosa, aunque, á decir verdad, hoy los caminos están buenos y limpios, y las patatas...

—*Yes, yes;* repetía la inglesa.

La salud de la enferma, aunque delicada, había mejorado; pronto debían dejar la colonia inglesa y volver á Manila.

Allí, pensaba Sor Elena, volverá á enfermar, será preciso buscarle alguna buena señora, ó señorita que la acompañe, aunque creo ya habrán pensado en todo esto cuantos se interesan por esta señora, dadas las simpatías generales de que goza.

La niña Lidia estaba hecha un *fideo;* tomaron en Hong-Kong, un ama que les pareció mejor que la india que llevaron de Manila, mas ningún resultado daba en favor de la salud de la pequeñita.

El médico inglés aseguró que con el viaje por mar, la niña mejoraría, pero se equivocó el discípulo de Galeno.

Toda la prensa inglesa anunciaba la partida de la joven señora, y todos tenían alguna frase de respeto y cariño para la que en mes y medio había permanecido entre ellos captándose simpatías.

Embarcáronse en uno de los vapores

que hacen viajes periódicos entre ambas capitales.

El mar de China es temible en todos tiempos y á pesar de ser corta la travesía, les pareció un siglo; era el cambio de monzón que siempre es peligroso en aquel terrible mar.

El ama de la niña se mareó mucho; Sor Elena y Pacita también sufrieron.

No pudieron salir un momento de sus camarotes; las rizadas olas se levantaban como si fueran elevadas montañas, y el barco venía siendo juguete de los elementos.

—¡Qué viaje, Sor Elena! ¡Esto en nada se parece á los magníficos buques que vienen de España! ¡Dios santo! qué imponente es esto.

—Pongámonos bajo la protección de la Virgen Nuestra Señora y ella nos ayudará á llegar á puerto seguro, buena D.ª Pacita. ¡Que el arcángel San Rafael nos guíe como guió á Tobías! Usted siempre ha tenido valor; pues bien, no le pierda en estos momentos.

—Pero según las trazas, aquí pereceremos sin recurso de ninguna especie, hermana mía; mi pobrecita hija no to-

ma ningún alimento, y además, la calenturilla que le ha sobrevenido me alarma. ¿Qué hacer, Dios mio?

La religiosa oraba sin cesar y ponía por intercesores ante el Supremo Juez á todos los santos de la corte celestial, á quienes decía condujeran la nave á puerto filipino. Veía Sor Elena á la tierna niña morirse por instantes, y ellas, cuatro mujeres, sin poder aliviarla.

Pacita, deshecha en amargo llanto, echábase sobre el lecho de su hijita, en quien veía cernerse la muerte, ella era el único sér que le quedaba en el mundo...

A la pobre china, su nodriza, excesivamente mareada, se le retiró el jugo lácteo; la antigua ama india, que componía parte de la expedición, podía suministrarle algunas gotas, que más bien perjudicaban á la niña que le proporcionaban subsistencia.

El capitán, viendo la aflicción de aquellas señoras, proporcionó algunas latas de leche condensada; pero les faltaba el viverón, aumentándose las di cultades.

Imponente estaba el mar de Chin

el capitán, dirigiéndose á sus dignos pasajeros, les indicó que era preciso arribar á Emuy, el puerto de la China más cercano; que se encontraban más lejos de Manila que el día que dejaron á Hong-Kong. No hay motivo para asustarse por ahora, dijo el marino, es cuestión de paciencia nada más.

Dos horas después veíase la antigua ciudad china, el mar se había tranquilizado, y costeando tomaron rumbo hacia el archipiélago de Legazpi.

La nodriza china, á quien conoceremos por Chuiaca, se reponía y aunque poco, prestaba á la niña algún alimento.

Haciendo tumbos durante seis días, llegaron á Manila con la pobre pequeña agonizando, y antes que la Capitanía del puerto y Sanidad se presentasen á bordo, espiró aquel sér desgraciado en brazos de la joven y dolorida madre.

No es la pluma capaz de describir el inmenso dolor de Pacita al verse sin su único consuelo en la tierra.

—¡Dios me quiere para El, Sor Elena! En el mundo no hay nada estable, y quien lo dude, fíjese en mi historia y verá que la dicha es efímera. ¡Dios!

sólo Dios es eterno, y diré con San Francisco de Borja: Sólo á Vos quiero amar, y no á prenda que pueda morir.

Fueron estas sus últimas palabras después de la muerte de su niña. La Hermana de la Caridad, por más que estaba familiarizada con los desgraciados, no encontraba expresiones que dirigir á un alma tan grande como la de Pacita; ésta se opuso á ver á persona alguna; echó sobre su rostro el luengo velo de crespón de su sombrero, y con las manos juntas y elevados aquellos ojos hermosísimos hacia el cielo, meditaba sobre la vanidad de las cosas de este mundo.

—Mi buena hermana, Dios ha usado conmigo en este golpe con indulgencia, porque ¿cuál sería mi pesar si la niña llega á fallecer en alta mar? Ahora, al menos, su cuerpo reposará junto al de su padre.

Avisóse enseguida á los periódicos de la capital la nueva desgracia acaecida á la desventurada Pacita; algunos amigos de Claudio y de Antonio, fuer á buscar el cadáver de la niña para dai cristiana sepultura en el nicho dor yacían los padres y esposo de Pac

La joven viuda no abrió sus labios, gruesas lágrimas corrían por su pálido rostro, al ver la última escena que presenciaban aquellos amigos fieles, que en días no lejanos la admiraban llamándola la más feliz de las mujeres.

—¡Ay, Sor Elena! Me siento desfallecer, pero creo que aun podré llegar á casa.

La hija de San Vicente de Paúl, el capitan del buque y el Sr. Consignatario del mismo, en dos carruajes, acompañaron á la afligida dama á su casa de San Miguel, donde las primeras señoras de Manila, religiosos de todas las Ordenes allí establecidas y autoridades la esperaban para demostrarle la parte íntima que todos tomaban en las irreparables pérdidas de seres tan queridos á la noble y joven dama.

Entre los religiosos de las diferentes Ordenes que la recibieron en su casa, encontrábase su padre espiritual, el anciano Padre Guerrico, con quien habló breves palabras.

¡Qué mujer de dieciocho años y medio!

Esta era la única expresión adecuada

que encontraban para calificarla aquellos señores.

Al retirarse las personas que fueron á verla. con su habitual energía y dignidad suplicó á tres religiosos que por algunos momentos tuvieran la bondad de permanecer á su lado. porque tenía un grave asunto que consultar.

Eran éstos, un Agustino muy amigo de Claudio, un anciano Franciscano, de quien hemos hablado al principio de nuestra novela, que acompañó al santuario de Antipolo á los padres de Pacita, cuando á su llegada á las Islas fueron en peregrinación á ver á la Santísima Virgen Nuestra Señora de la Paz y del Buen Viaje; el otro ya le conocemos, es el piadosísimo Padre Guerrico, muerto en olor de santidad en Manila el 27 de Diciembre de 1883. Este último tomando la palabra, dijo:

—¿Qué deseas de nosotros. hija mía? Aquí estamos los tres esperando tus mandatos, prontos á servirte y consolarte por medio de nuestra religión sacrosanta.

—Padres, ustedes saben que Claud tiene una hermana á quien me parc

injusto abandonar; cierto es que su conducta ha sido algo libre, pero, aunque á un indio, sé que hace algún tiempo está unida por el santo matrimonio.

Mi esposo la tenía destinado un dotecito, y quiero dárselo; además, yo por mi parte, deseo añadir alguna cantidad, y uno de ustedes podía verla: así no dudo que vuelva al buen camino, si no ha vuelto ya.

El Padre Agustino conocía mucho á Mercedes, del colegio de Santa Isabel, y se encargó gustoso de ir á visitarla y anunciarle los buenos deseos de Pacita.

XXI.

Visita del Padre Agustino á Mercedes.

En el sitio llamado de la Gran Divisoria, vivía en compañía de su esposo y dos niños la colegiala Mercedes Ruiz. Su marido, aunque indio de pura raza, no era mal parecido, no careciendo de alguna inteligencia, la que demostraba en el oficio de constructor de arpas (1), que no dejaba de proporcionarle medios de subsistencia. Grande fué la sorpresa de Mercedes al ver entrar en su casa al Padre Inspector de su colegio.

Acercóse ésta á besarle la mano, y con lágrimas en los ojos demostró lo extraña que le parecía su visita de la que no se creía digna.

(1) Los constructores de arpas abundan en Filipinas por ser este instrumento el predilecto de indígenas que son hábiles arpistas.

—Así me gustas, Mercedes, arrepentida de tus faltas y dispuesta á vivir, puesto que estás casada, para tu marido y tus hijos, los cuales deseo eduques cristianamente.

Mas veo con pena que siempre eres dura, no tienes corazón. ¿No te acuerdas de Pacita? ¿No ves cómo han desaparecido de este mundo D.ª Lidia, Claudio y sus hijos?...

—Sí, Padre, nada ignoro; pero la conducta que he observado para con todos los míos, me ha impedido presentarme ante esa santa, que es mi cuñada y á quien tanto he ofendido...

Mucho sentí la muerte de mi pobre hermano, él que siempre fué tan bueno para mí; llevó á la tumba triste recuerdo mío.

—Como dices muy bien, Pacita es una santa; ella me ha encargado que te viera y te manifestase que tu hermano (si hubieras sido buena) pensó dotarte como tú no ignoras; pues bien, tu cuñada quiere darte esa cantidad, más ra que desea añadir de lo suyo, bajo condición, que no dudo cumplirás, ser digna en todo.

—Si, Padre, lo prometo por la vida de mis inocentes hijos.

—Está bien, mujer, Dios te oiga.

—¿Me admitirá Pacita si voy á verla?

—No lo dudo, y si quieres venir, yo te presentaré y serviré de introductor; primero vas sola y después llevas á tu marido y tus hijos, ¿me entiendes?

—Sí, Padre, está muy bien; V. se irá en su carruaje, yo tomaré uno de alquiler, y como llegaré después de V., le suplico me espere en el zaguán; así no me faltará el valor al ver á la buena Pacita.

Aprobó el Padre la idea, esperando á Mercedes, mas como Pacita no estaba para impresiones fuertes, mandó el Religioso subiesen un papelito con un criado, anunciándole la visita de la hermana de su marido.

—Mercedes ya no era la joven altanera y díscola: al contemplar el marmóreo rostro de Pacita, echóse á sus pies pidiendo la perdonase sus pasados extravíos.

—A mis brazos, Mercedes, dijo virtuosa viuda, ven.

—¿Ves qué sola estoy? ¡Sin Clau

y sin mis hijitos!... Esta mañana hemos llegado, y mi pequeña Lidia desde el buque ha sido conducida al cementerio á ocupar un puesto cerca de los despojos de su padre.

A mí, estos buenos religiosos y Sor Elena no me abandonan; los primeros supongo que, como sus reglas no les permiten permanecer fuera de sus conventos á deshora, me dejarán pronto; pero mañana ó pasado, á V. sobre todo, Padre Guerrico de mi alma, deseo hablar largamente, de un asunto de la mayor importancia.

Despidiéronse los Reverendos hasta el día siguiente.

—Ya sé que has ordenado se me entregue lo que en otro tiempo me destinó mi hermano, dijo Mercedes; dueña eres de ello desde su testamento; nada tengo de aquel dote porque nada merezco, nada...

—¿Cómo lo sabes?

—Sí, cuando os embarcasteis para España, supe que ambos testasteis el io para el otro, y por consiguiente da me pertenecía.

—Es cierto, pero eres hermana de mi

Claudio, y teniendo yo la idea de dejar el mundo y sus pompas, los pobres son mis herederos; siendo pobre tú, tienes más derecho que otro alguno á mis bienes.

—¿Qué dices, Pacita? Dejar el mundo... yo seré tu esclava, te cuidaré como lo hacía D.ª Lidia, tu santa madre, ya que me recibes en esta tu casa; quédate en ella, aun puedes ser feliz; ¡si eres tan joven!...

—No, Mercedes, aun no he consultado con mi director, pero mi resolución es irrevocable, y nada, ni nadie, me hará variar un ápice.

—Gracias, hermana mía; tienes obligaciones sagradas que atender como son tus hijos y esposo, pero mañana ven con ellos, porque hoy con Sor Elena y mis criados me basta, y deseo descansar.

—Adiós, Paz, adiós; no llevas en balde este nombre, porque das la paz á mi alma...

—Estoy rendida, Sor Elena: ¡ya ve usted cuántas impresiones! pero, siento en medio de mis penas un placer menso, la conversión de Mercedes llena de júbilo.

—Yo también me alegro mucho, está la pobrecita muy afectada de ver á usted; no se atrevía á entrar, le decía al Padre conmovida, que no era digna de ser recibida por V., é instábale á que entrara primero el Reverendo.

—¡Pobre muchacha! ¡qué placer hubiera tenido mi Claudio, si á nuestra llegada de España hubiese presenciado este sincero arrepentimiento!

Cuando Mercedes llegó á su casita, refirió á su marido lo acontecido, éste tenía buenos sentimientos y sabía más que otros de su clase, por haber estudiado en la Escuela Normal de maestros que dirigen los Padres Jesuitas, mas como tenía desde pequeño mucho ingenio para cuanto era mecánico, con este motivo optó por el oficio de constructor de arpas y guitarras.

A la mañana siguiente se llegaron estos esposos á la Escolta (1), y Manuel (este era el nombre del marido de Mercedes) se vistió de pies á cabeza en uno de los muchos bazares que allí existen,

1) Calle principal donde está casi todo el comercio europeo.

para presentarse con toda la decencia y el debido respeto á la cuñada de Mercedes.

¡Cosa rara! los dos hijos de Manuel y Mercedes eran guapos, parecíanse á Claudio y á su abuelo materno, que ya sabemos era español peninsular; por consiguiente, el mayorcito, que se llamaba Claudio también, cuando se presentó ante su tía la llenó de admiración y alegría.

—¡Cómo te agradezco este recuerdo, Mercedes! y para que sea completo, este niño es el vivo retrato de Claudio, su tío. El pequeño, si bien de color claro, parecíase más á su madre.

—Y V., Manuel, ¿está contento con su oficio?

—Señora, tengo que estarlo porque no sé otro, pero me gustaría más, al mismo tiempo que trabajo, tener una tiendecita; de esta suerte estaríamos mejor, y Mercedes no tendría que coser para unos y otros como lo hace.

—Mercedes en adelante sólo cose para V. y sus pequeños; quiero q sean ustedes dueños de tres mil dur y pueden poner dicha tiendecita, y te

dinero á rédito en la Caja de Depósitos, produciendo el ocho por ciento que es el máximum.

—Gracias, señora, es V. muy buena é indulgente para con nosotros que no lo merecemos.

De todo se enteró Pacita, porque, como ella decía, los asuntos han de dejarse todos bien arreglados.

No faltaron los Padres en visitar de nuevo á la virtuosa filipina; ésta, al verlos entrar, abordó la cuestión enseguida, y con una entereza impropia de sus pocos años dijo á su Padre espiritual:

—Señor y Padre mío: nada hay sobre la tierra que pueda hacerme olvidar mis desgracias sin cuento. Al ver grave en medio del impetuoso mar á mi hija, he ofrecido ser toda de Dios si fallecía ésta. Nadie puede impedírmelo, soy libre é independiente, nada me hará volver atrás de este propósito, Padre.

Deseo entrar en el monasterio de Santa Clara de esta ciudad, y vivir sólo para conseguir los bienes eternos entre las esposas del Inmaculado Cordero.

Propóngame usted á las monjas, Pa-

dre Guerrico, ó V., dijo al franciscano que era guardián de aquella Orden.

—¿Lo has pensado bien, hija mía, antes de decidirte á esto?

—Toda de Dios, Padre mío, ya lo he dicho; de mis bienes, tres mil duros á Mercedes, y trescientos á cada uno de sus pequeños, que se pondrán á interés en la Caja de Depósitos ó en el Banco Español-filipino, y del resto, la mitad al convento y la otra mitad á los pobres, que son mis hijos adoptivos.

—Eso no puedes hacerlo hasta que profeses, pero llegado ese día, hágase como pretendes. Sé que tienes suficiente fuerza de voluntad para emprender con fervor la austera vida del claustro.

—Mis ropas, Mercedes, deseo que los vestidos buenos los des para algunas imágenes, y el resto para ti y alguna señora necesitada que conozcas; las joyas se venden y harán parte del capital de los pobres.

El día que profese te entregaré este medallón que tiene los retratos de Cl
dio y de mis padres; te ruego que
más lo pierdas, ni lo sueltes de
cuello; adjunto hay un rizo de la r
Stella.

—Yo, María de la Paz de la Ensenada de Ruiz, he muerto para el mundo, señores...

—Bien, hija mía, lo comunicaré al señor Arzobispo (1) y á la madre Priora, que no dudo te recibirán con júblilo.

Como es de suponer, fué admitida en la casa de oración y recogimiento.

A los pocos días tomaba el santo hábito de las religiosas de Santa Clara, de la orden de San Francisco, de aquella ciudad.

Toda la high-life manileña acudió á presenciar la triste ceremonia: las señoras lloraban todas, menos Pacita.

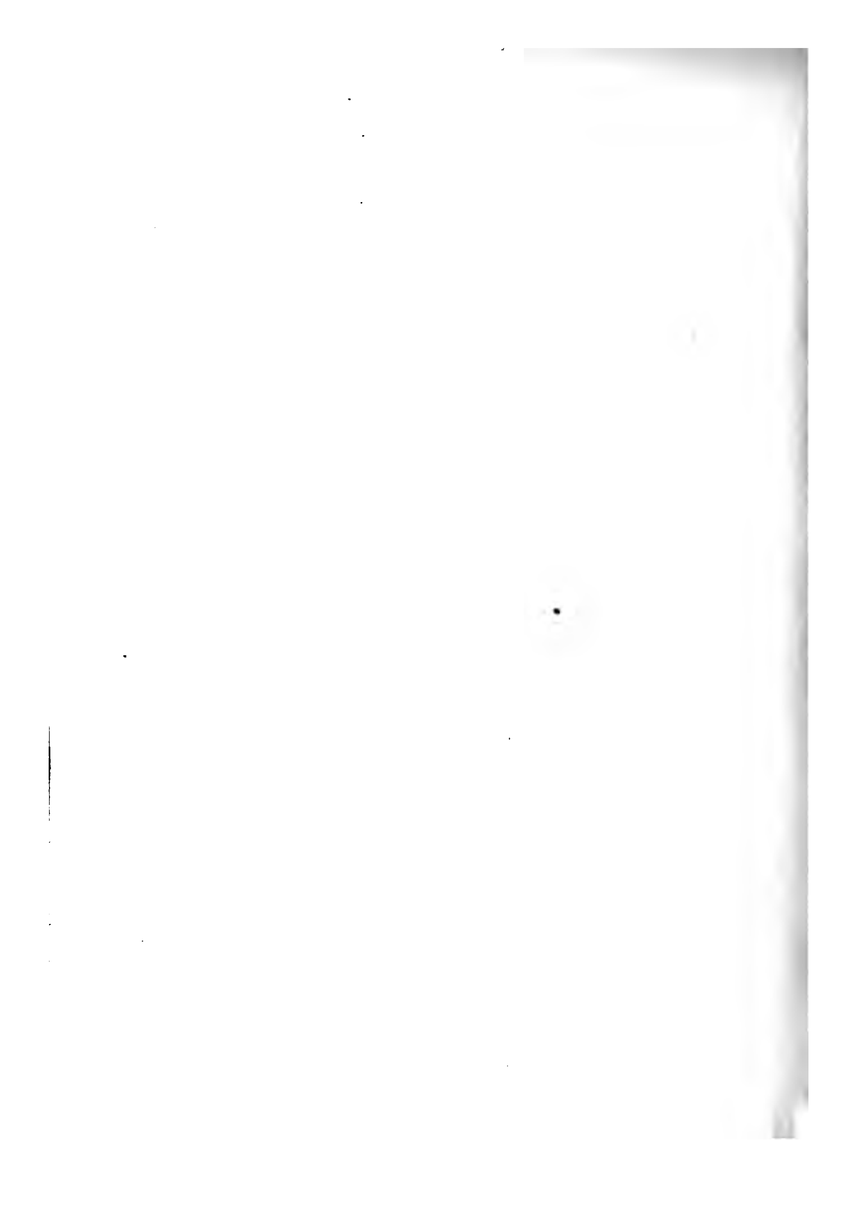
¡Con qué serenidad se despidió del mundo!

En el monasterio es conocida por Sor María de la Paz del Crucificado, y en Manila venerada como una santa, la que fué el encanto de la sociedad manilense, la gentil y bella Pacita, la virtuosa filipina.

FIN

---

1) En la época que cita la autora, era Arzobispo Filipinas el Excelentísimo Fray Pedro Payo, de Orden de Santo Domingo, muerto en Manila en ero de 1889.



INDICE

